REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV — San José, Costa Rica — 1949 — Lunes 30 de Mayo — No. 9

Año XXIX — No. 1084

QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

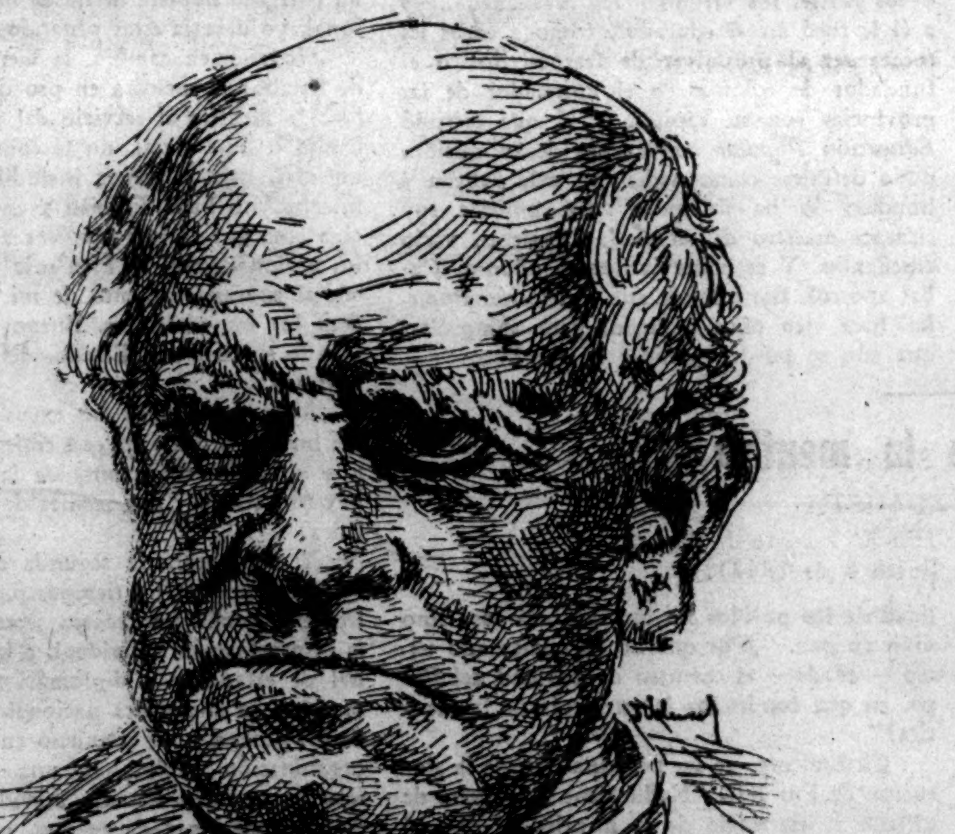
Centenario de la obra EDUCACIÓN POPULAR de Sarmiento

Por *Ernesto* MORALES

(En *La Prensa* de Buenos Aires, 16 de enero de 1949).

En el año 1849, vuelto ya de sus estudiosas andanzas, publica Sarmiento en Chile dos importantes libros: *Viajes por Europa, Africa y América* y *Educación Popular*. Sarmiento, siempre polemista y apresurado, se muestra en este libro como un escritor didáctico: Posee serenidad y orden. No ha visto y oído en vano el viajero que paseara por Europa y Norte América su curiosidad observadora. Ya se sabe que Sarmiento nació maestro de escuela. En un ambiente y una hora menos caóticos hubiese sido un Horacio Mann. En Sud América, en la Argentina tiranizada, hubo de serlo todo, desde maestro de primeras letras a los 16 años, en aquel San Francisco del Monte perdido entre los bosques y montañas puntanos.

Su vocación de maestro lo había llevado a publicar en Chile —año 1842— una memoria propiciando reformas ortográficas que lo condujeron a largas polémicas. Más tarde, con la protección de Montt, ministro de Instrucción Pública, crea y dirige la Escuela Normal de Santiago de Chile, la primera escuela normal de Sud América. Traduce libros de lectura como *La Conciencia de un Niño* y *La Vida de Jesucristo*; escribe *Método de Lectura Gradual*. Parte entonces para sus viajes de estudio. El educador instintivo va a ver, a oír, a meditar, a renovarse en medios superiores; en Norte América, sobre todo. Vuelve a principios de 1848 hecho el pedagogo que, en teoría o en la acción, perspicaz y obstinadamente genial, va a ser toda la vida. Traduce *¿Por qué?, o la física al alcance de todos, Manual de la Historia de los Pueblos Antiguos y Modernos*, de Levy Alvarez, y publica entonces *Educación Popular* a expensas del gobierno de Chile. (Su segunda edición verá la luz en Buenos Aires, costeada por el gobierno argentino, el año 1884).



Domingo F. Sarmiento

(14-II-1811 a 11-IX-1888)

Dibujo de *Pedro Delucchi*.

Maestro de escuela sobre todos sus menesteres, Sarmiento declarará que de sus libros él prefiere *Educación Popular*, aun sobre *Facundo*, que lo ha hecho conocer en Europa; sobre *Recuerdos de Provincia*, tan querido; sobre *Conflicto y Armonías de las Razas en América*, o *Argirópolis*, en que estudia problemas fundamentales. Para él, *Educación Popular* constituía el mejor de sus libros, será "su libro".

Es, en verdad, un gran libro, y pese a los cien años que de vida lleva, hay aún en él páginas señaladoras de rumbo. En el año de su aparición, y en un país de Sud América, todavía en pleno analfabetismo, *Educación Popular* no pudo ser comprendido ni admirado. El chileno Manuel Antonio Ponce, en *Sarmiento y sus Doctrinas Pedagógicas*, afirma que si en su país *Educación Popular* hubiese sido estudiado y seguido, Chile estaría hoy a la cabeza de las naciones americanas en cuanto a educación concierne.

Empero, *Educación Popular* hizo su obra. El propio Sarmiento, más tarde, ya sea en la Dirección de Escuelas o en la Superintendencia del Consejo, ya como presidente o ministro, se ocupó en la Argentina de difundir las teorías pedagógicas en aquel libro proclamadas. Puede encontrarse asimismo su propia huella en las revistas pedagógicas fundadas por Sarmiento, como *El Monitor de Educación*, o en su vasta, importante y profunda labor periodística, que puede seguirse en sus *Obras Completas*: sobre Instrucción Pública (tomo IV); sobre Educación (tomos XII y XLIV); sobre Ideas Pedagógicas (tomo XXVIII); sobre Las Escuelas de Estados Unidos (tomo XXX), y los artículos que alguna vez se han publicado en forma de libros, como *Educar al Soberano* y *La Escuela Ultrapampeana*, que pueden hallarse en los tomos XLVII y XLVIII. También encontramos esa huella en su epistolario, cartas a su primer maestro Ignacio Fermín Rodríguez, a su hermana Bienvenida, y sobre todo a las educadoras María Mann y Juana Manso.

El núcleo de esta parábola que se desenvuelve e insiste, pero cada vez se amplía más y cobra vuelo firme y osado, se encuentra en aquel remoto libro, *Educación Popular*, publicado en su juventud, desterrado en Chile, y

cuando rompía plumas combatiendo por la Patria oprimida, desde *La Crónica*, *La Tribuna*, *El Consejero del Pueblo* y otros periódicos trascordilleranos.

El gran educador que había en Sarmiento ya aparece en *Educación Popular* de talla entera. El no se para en detalles. No es un especialista miope. Todo lo relaciona con la educación del niño. Es sociólogo a la par que pedagogo. La vida en general, la cultura del país, la intelectiva y la industrial, entran en su estudio y en sus planes. No es Sarmiento un modelador de inteligencias solamente. También los cuerpos y las almas pretende modelar mediante la educación. Lo intelectual, tanto como lo físico y lo moral caben en sus proyectos. El educando debe estudiar, debe hacer gimnasia y debe iluminar su existencia interior, su espíritu, con preceptos éticos. El ser humano será así algo armónico. Lo quiere una bella obra de arte, aunque no realizada porque sí: la desea realizada científicamente. Se ocupa del ser humano y también de su medio, de cómo deben ser los locales de las escuelas para que sean refugios donde se amparen los niños de los arrabales o de los campos cuyas casas son feas y sucias.

Da a las ciencias (a la química y a la física) una excepcional importancia. Prevé su futuro desarrollo, lo que la vida del mundo les deberá, y quiere que ellas tengan un gran puesto en los programas educativos. Por fin estudia los diferentes sistemas pedagógicos, los analiza, los critica o los exalta, y llega a conclusiones que aún están en pie y son dignas de ser, a su vez, analizadas y discutidas. La educación de la mujer merece páginas admirables, fervorosas.

Como todos sus libros, este *Educación Popular* de Sarmiento es, en suma, un libro vital, escrito con ese vigoroso entusiasmo y esa generosa fe en el porvenir que él puso en todas sus empresas. Y, como siempre, con él se anticipa a su hora y supera en mucho a los hombres que lo rodean. Algo de lo que él mismo hará treinta o cuarenta años más tarde, como hombre público de la Argentina, ya señala qué debe hacerse aquel joven periodista desterrado en Chile.

J. Guillermo Guerra, Pedro Varela, Joaquín V. González, Lugones, Ingenieros, Rojas, Ponce, Palcos, cuantos se han ocupado con seriedad de Sarmiento, señalan la gran importancia de su libro, no sólo dentro de su producción, sino dentro de los libros pedagógicos de América. Todos están concordes en que esta obra de Sarmiento los rebalsa. Escribe el fundador de la Universidad de La Plata, al referirse a su autor como mano constructiva de los ideales en *Educación Popular* expuestos: "El plan educador de Sarmiento era de una estrategia integral, si se puede hablar así. Porque, al propio tiempo que dirigía, manejaba y reformaba sistemas vetustos de enseñanza primaria, promovía e implantaba un sistema de instrucción media que aún no ha sido superado en sus contenidos esenciales y fijaba atención preferente en el ciclo de los estudios superiores coexistentes e inseparables de aquéllos; agregaba cimiento científico a todas las instituciones del Estado que requiriesen pericia o preparación sistemática; y por eso crea las escuelas técnicas de ambos ramos de nuestra milicia, alza en Córdoba un hogar propio a la más alta y sublime de las ciencias, rindiendo homenaje nacional a la cultura superior del mundo y, echando abajo toda frontera intelectual entre su patria y el exterior, llamó a las universidades los primeros núcleos de alta sabiduría europea, para fundar o robustecer la incipiente ciencia argentina. El estaba en la verdad, porque la formación de una democracia consciente, como la requerían las nuevas instituciones, era un exigencia inmediata para salvar de un irreparable naufragio al bastimento común tantas veces desmantelado y roto".

Hay en Sarmiento una pasión educativa que no es otra que su pasión por la Patria. En la labor de los organizadores de la Nación —los Mitre, los Urquiza, los Avellaneda...— a él le tocó ser el educador, como a otros les tocara ser el propulsor de ferrocarriles, o el fundador de colonias, o el unificador de las provincias con su capital. Y el que escribió *Educación Popular* convencido de su misión, pudo definirse como nadie con más justeza y hondura lo ha definido: "En política soy siempre maestro de escuela". Sarmiento vivió enseñando. Y se sobrevive enseñándonos. Cabal apóstol. Basta releer este *Educación Popular* hace cien años pensado, para comprobar que aún se puede aprender en ese libro.

Estrategia de la mentira

Por *Luis de ZULUETA*

(En *El Tiempo* de Bogotá. Enero 8 de 1948).

Me escribe un lector, amigo desconocido —pues, para un publicista, todo lector es un amigo— a fin de exponerme sus reparos a un reciente artículo en el que hablaba yo del miedo en que vive el mundo actual. Miedo recíproco, desconfianza entre las naciones; pánico ante el peligro de una nueva guerra. "No debemos tener miedo más que al miedo mismo", había dicho Roosevelt.

Con todo eso se halla de acuerdo mi benévolo lector. Pero, sin embargo, cree —son sus palabras— "que el miedo no es hoy el enemigo número uno". A su juicio, ese primer lugar en la jerarquía del mal debe reservarse para la mentira. Afirma que a los hombres y a los pueblos se les engaña, se les perturba con noticias tendenciosas, con informaciones, "con declaraciones envenenadas", cuando en realidad la inmensa mayoría de los hombres y la totalidad de los pueblos no quieren otra cosa sino vivir en paz. "¿Por qué no ha comentado usted —añade— el discurso de navidad del Papa, en que condenaba la estrategia de la mentira?"

Ciertamente, no me pasó inadvertida la alocución de Pío XII. "Nadie tiene el derecho de utilizar la estrategia de la mentira..." dijo el Pontífice, y la frase me pareció especialmente expresiva, ya que hoy, como el mundo internacional vive casi en guerra, la diplomacia es estrategia, y la mentira una arma.

Pero, en el fondo, a mi entender, la mentira es hija del miedo. El que teme, miente. En las horas difíciles, en los períodos de crisis, los hombres tienden a esquivar la verdad. La desnuda verdad es tan comprometedora!... Hay quienes engañan a los otros; los demás se engañan a sí mismos. Todos, como se cuenta de los camellos en Africa, enturbian el agua antes de beber. Y, en ese ambiente oscuro, incierto, medroso, la estrategia de la mentira puede ganar la batalla.

Se dirá que en la política internacional siempre se utilizó la mentira. "La palabra le ha sido dada al hombre para ocultar su pensamiento", opinaba la diplomacia tradicional por boca del más astuto de sus representantes. En las relaciones entre los Estados, desde los tiempos más antiguos, se emplearon el disimulo, la doblez, la mala fe. Hace ya siglos, cuando le preguntaron a un embajador en qué consistía su trabajo, contestó tranquilamente: "Mi oficio es ir al extranjero a mentir por mi rey".

Pero en esa política de la mendacidad hay, entre antaño y hogaño, una fundamental diferencia. Mejor dicho, dos.

En primer lugar, antaño se pensaba que el mentir era un mal. Un mal quizás inevitable, necesario, que había que aceptar en servicio del rey, como decía el embajador británico, y en interés, interés supremo, de la nación. Era un medio que se pretendía justificar en nombre del fin; pero, si bien el fin era noble, se reconocía que el medio era abyecto.

Ssostenía Maquiavelo, por ejemplo, que, en caso de necesidad, el Príncipe debía tener el valor de salvar al Estado aun "con ignominia". Mentir por razón de Estado era pecado excusable, pero pecado siempre. Pertenecía a ese "lado vergonzoso de la política" de que hablaba Federico de Prusia. "Espero yo que la posteridad —escribía el mismo Federico I en su *Historia de mi tiempo*— sabrá distinguir en mí al filósofo del príncipe y al hombre honrado del político". La misma idea que, un siglo después, aparece en la conocida frase de Cavour: "Si lo que hice por la grandeza de mi patria lo hubiera hecho en mi beneficio personal, yo debería estar penando en las galeras".

Hogaño, en cambio, la mentira por razón de Estado; la mentira en pro de la causa propia; la mentira al servicio del propio partido, bando o clase social, no se considera ya como un mal, más o menos ineludible, sino como un absoluto bien. El bien y la verdad no son otra cosa que lo que favorece a mi país, dicen los nacionalismos. El bien y la verdad se reducen al engrandecimiento de mi territorio, afirman los imperialismos. Bueno y verdadero es sólo lo que sirve al Estado, definen los totalitarismos.

Ayer, la mentira era excusada con sonrojo; hoy, es glorificada con cinismo. Había ayer una práctica vergonzante de la mentira. Hoy hay una teoría y una técnica de la mentira política.

Y aquí entra la segunda diferencia entre nuestro tiempo y los tiempos pasados. La mentira era antaño un recurso secreto, confiado a la improvisación individual, a la astucia personal de estadistas o diplomáticos. Hogaño, la mentira, en la política nacional e internacional de las potencias, se convirtió en una verdadera organización pública, en una de las grandes instituciones del Estado, servida por millares de funcionarios y de agentes, pagada con millones en los presupuestos. Se le ha dado un nombre decoroso: ¡Propaganda!

En el régimen totalitario el carro del Estado marcha sobre dos ruedas: la una es el ministerio de la guerra; la otra, el departamento de la propaganda. La fuerza y la mentira son los dos soportes del poder.

Adolfo Hitler, en su famoso libro *Mi Lucha*, el evangelio del nazismo, expone con descarada franqueza su doctrina de la propaganda. La propaganda, para el Fuehrer, no es un me-

dio de difundir imparcialmente la verdad y educar libremente al pueblo. ¡Ah, no! La propaganda no es una luz; es una arma. "No es ni más ni menos que una arma", dice textualmente en *Mein Kampf*; "una arma terrible en las manos de quien sepa utilizarla". (¡Y qué terrible resultó en las suyas!)

Con semejante arma no se eleva la mente del país, sino que deliberadamente se la rebaja. "Toda propaganda debe ser popular —afirma Hitler— y ha de adaptar su nivel intelectual a la capacidad receptiva del menos inteligente de los individuos a quienes vaya dirigida. De esta suerte, es menester que la elevación mental sea tanto menor cuando mayor sea la muchedumbre que se deba conquistar. Si se tratara, como acontece con la propaganda destinada a llevar adelante una guerra, de reunir a toda una nación en torno a determinado círculo de influencia, jamás se pondrá bastante cuidado en evitar un nivel intelectual demasiado alto".

Esa propaganda se ha de limitar a muy pocos puntos, "presentándolos en forma de gritos de combate". Sin matices, sin comprensivos términos medios, debe provocar simplemente amor y odio. "Exige verdades o mentiras, jamás medias verdades ni mentiras a medias". Así, las verdades y las mentiras quedan colocadas en el mismo rango. Cuando convenga, se utilizarán las mentiras, pero mentiras integrales, grandes mentiras, mentiras también totalitarias, repetidas miles y miles de veces por la prensa, por la radio, por el cartel, por el cinematógrafo, hasta incrustarlas en el cerebro y en el corazón de un pueblo... ¡La estrategia de la mentira!

Vivimos en el siglo de la propaganda. Siglo de carácter económico, de actividad industrial y mercantil, ha desarrollado en dimensiones gigantescas el anuncio, el aviso, el reclamo. Propaganda, propaganda... Pero la propaganda, justificada en el terreno comercial ha invadido indignamente al esfera ideológica y política. "A la continuidad, a la persistencia en su empleo —dice también Hitler— se debe el éxito de un anuncio, así sea comercial o político". No admite el caudillo nazi que, riendiendo tributo a la verdad, se reconozca lo que pueda haber de bueno en el adversario. ¡De ningún modo!... "¿Qué diríamos —exclama zafiamente— de un cartel que anunciase un nuevo jabón si dijera de otros jabones que son buenos?"

Con esa comparación, que equipara las ideas políticas, los principios morales, a los artículos de perfumería, se define, precisamente por el más funesto de sus propios capitanes, la estrategia de la mentira.

Se cuenta en la historia de la Grecia clásica que el austero Arístides aconsejó votar contra un determinado proyecto porque, en su opinión, era tan útil para la ciudad como contrario a la justicia. Los ciudadanos, de acuerdo con tan noble parecer, rechazaron el proyecto. Por algo el nombre de la antigua Atenas, al cabo de veintitantos siglos, resplandece todavía como una llama inmortal.

Hoy como ayer, la salvación del mundo depende de que la utilidad sea pospuesta a la justicia y de que, por encima de las conveniencias, muchas veces efímeras o aparentes, de un grupo, o de una secta, o de un Estado, realicen los hombres la divisa: "Busco la verdad, amo la veracidad".

El traje hace al caballero

y lo caracteriza

Y la SASTRERIA

"LA COLOMBIANA"

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

Especialidad en trajes de etiqueta

Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles

Paseo de los Estudiantes

El ser del indio americano

(En el *Rep. Amer.*)

lo puramente geográfico, su accidentalidad, el

He tenido el placer de leer el libro del historiador brasileño Baptista Pereira, *Civilización contra Barbarie*, como grato obsequio de mi nuevo amigo Luis Terán Gómez, de Bolivia, quien lo ha traducido magníficamente. Aparte la meditación que me ha reportado —he aquí los buenos libros— en sus primeras páginas hube de encontrar una interesante interrogante y motivo de estas líneas.

Define el historiador al indio americano como un sér adánico ("adamítico", dice acertadamente). En principio es una definición que me causó alegría. Mas, con la meditación a cuestas, no acertaba a comprenderla. Algo así como pequeñitos caballos me corrían por la mente. Al final, quedé rechazándola y preocupado por el "ser" natural del indio. He leído, en estos días, cuanto me ha sido posible, indagando el pequeño dato, la pequeña luz, que me diese claridades. Púseme en recrear, en la soledad de mi estudio, ese milagro de geografía que América significa; hice por ampliar mis conocimientos históricos sobre las civilizaciones pre-hispánicas. Después de tanto indagar el interrogante se hacía más acuciante y menos satisfecho.

¿Adamítico? Sencillamente, no. El ser del indio, en este caso, se halla en igual situación que todos los seres de la Humanidad. La caída de nuestro primer padre no es particular para una raza. La más pura ortodoxia no admite pueblos culpables y pueblos que no. En el pecado de Adán participamos todos los seres, nos dice la teología. La lógica también: si la caída se caracteriza por la adquisición del conocimiento, el indio americano la poseyó en grado sumo y aún la posee rudimentariamente (?). Me remito a los sabios juicios de la filosofía existencial que representan Kierkegaard, Berdiaev y León Chestov, para no recurrir a las fuentes directas de la Biblia. Rechazo, pues, el carácter adánico del aborigen americano.

Claro es, no es igual el ser del indio al ser europeo, ni al ser asiático, no tiene contactos con las civilizaciones llamadas occidental y oriental, aunque algún estudioso curioso pudiera señalar parentescos que no es, en lo más, sino influencias posteriores, y en lo menos, coincidencias históricas. El indio no cultiva la razón a igual que el europeo, ni tampoco, el particular panteísmo indúe, no el panteísmo de Spinoza, sino muy peculiar, suyo. ¿Qué es el indio? Pienso, repito mejor, ese milagro de geografía, de mayestática exuberancia, donde los ensayos de la naturaleza se han agolpado en tantos fenómenos y milagros. Inclusive en paisaje. Páramos, selvas, alturas, ríos, mesetas, etc., adquieren su plenitud geológica. Busquemos, entonces, la actitud del indígena ante esta plenitud geográfica. Y, también, ante esos dolores y llantos de la naturaleza: huracanes, volcanes, sismos, un mundo de brujos telúricos. Esa queja, esa ansia, esa protesta, silencios todos, ¿no es una participación metafísica en los mismos fenómenos? ¿Su pasiva resistencia a la cultura blanca no es acaso una actitud natural, digamos, la savia misma de sus existencias? "El poblador del páramo —dice A. Andrade Chiriboga— al observarlo de cerca, casi no come, ni duerme, ni se queja, ni vive. Es una sola negación". Es la misma actitud de Juan el Veguero, en el *Cantaclaro* de Rómulo Gallegos. El hombre oriental absorbe en sí mismo lo telúrico, lo panteísta adquiere para él un sentido de unidad en sí mismo. El universo es uno, dicen, pero es uno dentro de mí mismo. Al indio americano el milagro geográfico le impide la unidad así concebida. Yo pienso, si acaso, en el ser que nos preocupa, no se da a la inversa, el sentido unitario de lo universal, es decir, la unidad por la pluralidad. Yo diría que el indio se disuelve, sin perder su unicidad propia, apasionadamente, en lo universal y su actitud pasiva, no sólo ante lo "blanco", sino ante el páramo mismo no es sino tal entrega en lo telúrico. Algo de dios Anteo siendo páramo ante el páramo, hombre-lago ante el lago, hombre-hormiga ante el milagro de la hormiga. Como nace la flor, como corren los ríos grandes en la Gran Sabana, el indio nace y aún vive. Quizás, en el tránsito final, alcance a imaginar estrellas lejanísimas, impalpables, casi abstractas.

Es posible que mis palabras sean demasiado aventuradas. No me extrañaría. Ya dije, otras veces, que toca al joven estudioso americano investigar a fondo. Mas, por hoy, quédome en la creencia de mi propia teoría. Un poeta español, inmenso y hondo, Juan Ramón Jiménez, que vive y conoce la realidad americana, ha dicho en reciente conferencia: "Miren ustedes los negros en el campo, los colores que se ponen, los movimientos que hacen, cómo hablan y ríen y lliran y bailan, y verán ustedes cómo los asimila la naturaleza con todos sus accidentes e incidentes". Donde dice "negros", yo pongo "indios".

Este hombre nacido como un arbusto, que no puede desperdiciar sus palabras, como el árbol no puede desperdiciar sus hojas, es todo un mundo concreto. La cultura blanca, cultura del raciocinio abstracto, es incapaz, por sí

STECHERT-HAFNER, Inc.

Books and Periodicals

31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.

Con esta Agencia puede Ud. conseguir una suscrición al

Repertorio Americano

misma, de "civilizarlos", en últimas instancias se reduce su "maestría" a considerarlos objetos de laboratorio, como el ridículo ensayo de la Indian Office. El indio americano que, como cualquiera otra obra maestra de la naturaleza, supo resistir el proceso de proletarización y desculturización completa, según palabras del Dr. Lipschuts, no puede ser otro sino el "hombre-fruto" que define Gabriela Mistral, con ese sentimiento suyo tan americano y tan exacto. Ha dicho la poetisa, al decirlo lanzó a la rosa de los vientos uno de sus más ricos poemas, en las mismas páginas donde "el trópico es el cielo verdadero, el único cielo-cielo" y la tierra es de "aire vegetal", allí mismo lo dice por su único amor en lo cierto.

Decidme que sí o que no, queridos amigos de América, pero —por favor— meditad los poemas de Gabriela que bien lo merecen.

M. GUTIERREZ de la FUENTE.

Sevilla, España.

JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)
Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)
Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)
Máquinas de Calcular MONROE
Refrigeradoras Eléctricas NORGE
Refrigeradoras de Canfín SERVEL
Balanzas "TOLEDO" (Toledo Scale Co.)
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)
Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)
Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)
Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)
Duplicador GESTETNER (Gestetner Ltd. Londres)

Canto del exilado perenne

(En *Rep Amer*. Atención de la autora).

República de El Salvador, Centro América!
Pequeña y cálida, suave y acogedora;
un punto,
en la inmensa geografía del mundo.

Patria de mi gente mayor,
tu historia emocionó mi corazón de niña
y me señaló rutas eternas.
El Padre José Matías Delgado
se yergue en mis recuerdos infantiles
como forjador tuyo;
y el gran José Santiago Célis,
es mártir ahorcado por la corona española,
rabiosa y decadente.

Amo tus maquilíhuas y no los puedo ver;
el manantial de tus aguas no fluye para mi sed,
y tus volcanes inquietos y ardientes
no alcanzan a iluminar mi esperanza.

¿Qué genio maléfico te aparta de mi vida?
Siento como Darío "estremecerse
las vértebras enormes de los Andes",
y es que hay un gigante Frankenstein,
aterrando las almas de los pueblos.
Viene del Norte al Sur,
conoce el Occidente y el Oriente;
siembra pobreza e inquietud
y tritura lamentos y alaridos
de horror.

Manes de Cuscatlán,
de los divinos bosques de Hibüeras
y del antiguo reino de Nicoya!
Velad por nosotros...
Que haya un renovado vigor en nuestra sangre,
que la mirada se nos vuelva penetrante
y el corazón respire fortaleza.
¿A dónde iremos
en la hora de la intriga y el dolor?
¿Con qué armas habremos de luchar,
quién estará por nacer
tras las rudas espaldas del gigante
y cuándo nos ayudará?

Estamos a media noche
desde hace largos años.
El anhelo violento de nuestros pueblos niños,
nos da temblor de impaciencia.
Hasta cuándo será,
hasta cuándo...!
¿Qué signos anunciarán para nosotros
el alba de la Justicia y de la Libertad?
Dejamos a cada paso lágrimas y sangre...
¡Ese es nuestro Mensaje para la juventud!

Este y aquel;
tú y yo.
Podemos contarnos con las manos,
los exilados de siempre.
¡Pero cuidado! Frankenstein,
la sangre humana,
es licor universal de vida
y nosotros estamos bautizados con ella.
Vivimos en cada sufrimiento
ya sea negro, blanco o amarillo.
El Alba nuestra será también de Oriente y
[Occidente;
florecerá en el Norte y en el Sur;
y para entonces, Frankenstein,
la Rosa de los Vientos esparcirá vuestras cenizas
sin piedad,
por los siglos de los siglos,
amén.

Amparo CASAMALHUAPA.

México, D. F., enero de 1949.

El cerco de madreselvas

Por *B. GONZALEZ ARRILI*

(*Envío del autor*, en Buenis Aires. Diciembre de 1948).

La predilección materna por los cercos de madreselva era permanente, pero un episodio de la niñez hacíale creer que las víboras se refugiaban en ellos al promediar las tardes, quedándose a su arrimo toda la noche, para salir de madrugada a estirar el cuerpo frío por sobre las piedras y los yuyos. De manera que sólo bien hecha la mañana con el sol, atrevíase a llegar hasta el cerco y, cuando estaba florecido, armar con aquellas maravillas de carnosidades blancas y amarillas unos ramos bordados con hojas verdes que luego lucían en el comedor sobre los floreros de vidrio pintados al óleo por dentro y ribeteados en oro vivo.

El cerco era como un telón de metro y medio de alto por poco menos de cien de largo, pues corría de una casa esquinera a otra, con la sola interrupción del portón de cinc, y luego seguía, dando vuelta a la calle, por espacio de otra cuadra hacia abajo. Troncos y alambres fundadores y sostenes del cerco desaparecieron bajo el lujurioso desparramo de ramas y hojas en larguísimas series, entrelazados hasta formar una pared aparentemente defensiva.

El entrecruzado de las ramas se tupía en verdes diversos hasta reventar en flores blancas que al envejecer, días más tarde, amarillaban aterciopelándose y divagando en olores melosos que permanecían en el espacio de la manzana y de las calles hasta caracterizar la propiedad, pues no hacía falta más que olisquear la madreselva pródiga para saber de cierto que allí estaba la casa de los abuelos.

Eso aparte de que el cerco florido y oloroso tenía en su lánguida historia vulgar un episodio de cabalgata que, pudiendo terminar en tragedia no pasó de una parrafada poco más o menos alegre. Tratábase de un capítulo escrito al iniciarse la juventud de mamá, "cuando mamá era muchacha", según la acertada denominación de Cucullu. Una tarde salió con un grupo de ellas a caballo. Iban dispuestas, para matar el semiaburrimiento de las vacaciones, a recorrer algunas calles centrales y acaso dar un galope por el camino de Santa Cándida. Marchaban jarifas, luciendo polleras largas, botas altas, sacones abotonados, según era de uso cabalgar las mujeres, una pierna enhorquetada en la silla especial. Mamá jineteaba a "Pacheco", un alto tordillo rosado que fué el crédito del abuelo y luego alcanzaron a conocer todos los nietos. De regreso ya la colorida cabalgata, comenzaron a recorrer las calles que daban a las moradas de las amazonas, quedándose cada una en la suya. Venían galopando, calle Madrid abajo, y al llegar a la casa frente al cerco, ya fuese porque "Pache-

co" se espantara de algo que vió, o por los gritos asustadores de todas ellas, o por una frenada a destiempo, fué lo cierto que el corcel paró de súbito y su jinete saltó limpita de la silla, cruzó el cerco de madreselva y cayó con toda suerte en los restos holgados de una parvita de alfalfa seca que iba diariamente disminuyendo el buen diente del caballo. Salto de acróbata en los circos tan celebrados que de cuando en cuando llegaban al lugar, no vió nadie mejor ni más correctamente cumplido que aquel de la muchacha amiga del buen humor y de las flores del cerco. Su descripción, más o menos mejorada y agrandada, anduvo durante días por todas las casas amigas y halló eco propicio en la escuela, que era donde se amplificaban gustosamente las informaciones de la ciudad, nunca demasiado abundantes ni variadas.

Cerco tan hermoso, crecido en trémulo encanto por la leyenda de las víboras que iban a reposar sus noches cálidas, no servía, naturalmente, para casi nada. Pollos y gallinas abandonaban cuando querían sus espacios de tierra para salir a picotear ilusiones en la calle vacía; entraban y salían por debajo perros y gatos de la vecindad si la oportunidad lo permitía, pues el "Negro", perrazo de la cría de Calderón, metía miedo justificado a cualquiera, inclusive a los muchachones hurtadores de fruta, pícaros y arrojados aprendices de amantes de lo ajeno.

El cerco era un símbolo que señalaba el linde de la finca, cosa de utilidad para la oficina de Impuestos, y alegría de los ojos que pasaran por allí con ganas de gozar la apacibilidad de su verde. Las tardes eran propicias para que se detuviera alguna muchacha y arrancara flores que se llevaba luego a la cara aspirando su perfume. Nadie dijo nunca nada, porque todos los cercos de Uruguay tenían flores y en todo rincón se llenaban de colores macetas, ollas viejas y cacharros surtidos. Además de que mamá aseguraba que a la madreselva "le hace bien" que le arranquen flores y aun gajos, pues ello resulta una poda que la alivia del tupido característico que le ofrece nombre de madre y de selva precisamente. Cosas de oír a las señoras, que saben un poquito de cada tema y lo embellecen con suposiciones de fabulario infantil.

El cerco de madreselva, sin una espina, perfumado, grato a los ojos, inofensivo e ineficaz como guardián de pertenencias, se advierte ahora, a la distancia insalvable de los años, del mismo tono que el corazón de aquella muchacha que lo saltó sin querer en una de sus aventuras de amazona sonriente.

Era puro símbolo el cerco que podía cruzar quien quisiera; no guardaba nada; no defendía propiedad alguna; no pinchaba ni dolía. Su única reserva era legendaria: las víboras. Su verdadera misión era poetizar las fronteras de una casa sencilla y pobre, llena de encantos baratos, que hoy se nos antoja una reducidísimo paraíso que se perdió al irse de la vida sus moradores.

AHORRAR

es condición sine qua non de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base del buen éxito

LA SECCION DE AHORROS

del

BANCO ANGLO COSTARRICENSE

(el más antiguo del país) está a la orden para que usted realice este sano propósito

AHORRAR

¿Será verdad que tienen alma?

(En el *Rep. Amer.*)

¿Será verdad que los ríos tienen alma? Un río es un ser con cintura propia, andadura, pulso propio y una clara vocación de caminante soñador y cancionero. Un río, no sólo es un sér en tránsito de lo mineral hacia lo vivo; no es sólo una cinta elástica de agua, que es ya el mineral más humilde, servicial y sensitivo, sino que parece tener algo de humano. Tiene escalofríos y sensibilidad de piel, andadura obcecada y dormida, de sonámbulos, y una plástica vigorosa de músculos contractos. Hay ríos gráciles y finos; abiertos, mansos y rientes; y concentrados y pensativos, y majestuosos y gruñones, y con barbas venerables... Los hay que cantan, los hay que lloran y que meditan, y los hay que sueñan, llenándose de imágenes, como la frente de un poeta. Nubes y pájaros, flores y rocas, forman, entonces, el pensamiento móvil de su alma enamorada, que se ahoga a fuerza de soñar... Siempre el río tiene algo de personalidad. Por eso, los ríos figuran en la Historia junto a la vida del hombre, hasta el punto de que la Historia está latida de pulso de ríos. Nuestra propia vida, nuestro propio pulso, tiene algo de fluvial. "Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar"... Y la historia toda del hombre tiene perfiles de líquida andadura, por lo que le llamamos "el curso de la historia". Con la vida de Alejandro, suena el Indo; con Brahama, el Ganges; con Napoleón, el Vístula, el Rhin, el Danubio; con Isabel de España, el Tajo... El Jordán, nos purifica un poco con sólo su evocación y su recuerdo. Siempre, en todo acontecimiento de importancia, un río. Porque un río es siempre más personal que un buque o una montaña. ¿Será verdad que los ríos tienen alma?...

Por de pronto, todo río tiene nombre y tiene biografía. Se conoce su cuna de canchalos y las rizadas holandas de espuma en su natio altanero y alborozado, o las mansísimas humildades de donde brota en silenciosa secreción de tierras tiernas. Se conoce su Infancia juguetona, diversa, irresponsable, ya desmelenándose en vagos andares por vegas ubérrimas y delgadísimas cañadas, o ya regalándose en joyería a las violetas y la yerbabuena, o fingiéndose collares de luz para las margaritas; y gola rizada para los cantos, y hebra de tambores para el bordado de tapiz de los praderíos; o ya, salta corretón por los desniveles rotos, para verterse en trinos sobre las guijas, que, líricamente engañadas, suenan con el timbre de las monedas; o, en fin, se entretienen con un tiroteo de líquidos balines de platino a las alondras que pajean en las márgenes, o las tórtolas calientes que se bañan en las orillas, después de rebozarse grifadas de sus arenas. Luego, el río se siente adolescente y recoge y se perfuma su cabellera azul y fluída, alejándose con rebuscada gracilidad narcisista, herido de secretos erotismos, con últimos sueños de tierras vírgenes y dulcísimas, en el casto pudor de sus soledades. Se imagina que las estrellas, y alguna luna que se siente joven, miran sus músculos con femenina complacencia, y suenan hacérseles corazón, en acericos encendidos, y acercarse a sus orillas como labios. Su fantasía, entonces, exubera en prodigios. Enamorado de las fuentes, ha soñado náyades, en los rinconcitos umbríos, que le esperan. Los árboles mismos de su riberas, los ve como canéforas gentiles, bien quebradas de cintura por los piropos del viento, mientras hilan, con sus dedos finísimos de hadas, los sutilísimos velos del silencio, quedándose atrás como nidos de rumores y portadoras de rocío... Pero, luego, ya adulto el río, desposado con la tierra, zahondado de conciencia en el patriarcalismo de sus sembrados y sus frutos, avanza más seguro de su señorío varonil, más hondo de sueños y de voz, hasta que, al fin, cansado y lento, rico ya de experiencias y de indulgencias para las locuras jóvenes de todos los regatos, que vienen hasta él para contarle aventuras no siempre ciertas, se deja caer en la nada fluvial del océano. Y así, de viejo, ¡cuánto tiene que contar!... El Ganges conoce todos los avatares del alma India; es sereno y profundo, como Brahama. El Ohio conoce todos los vaqueros, como el Amazonas todos los secretos de la selva. El Rhin sabe toda la lírica de las Walkyrias, como el Danubio todos los amores de las princesas y los violines; el Támesis, los problemas de las fábricas; el Tiber la historia de los Papas, y el Nilo, anciano, ha caído en la infantilidad de contarnos su propia historia tejiendo de mimbres la propia cuna. Hasta el Rubicón y el Manzanares, guijarrosos y miserandos fantasean y dilapidan y sueñan historias como si fueran caudales. Ya sé que los hay próceres y de altiva cuna y de noble historia: el Jordán, el Nilo, el Ganges, cuyo sólo nombre es título de proceridad. Ya sé que para Holderlin, el Rhin es "el Padre Rhin," que, "caminando silenciosamente" "funda ciudades". Y sé que el Sena, como el Vístula, como el Támesis, funda urbes. Y qué hay ríos que, por viejos o filósofos o ilustres de nacimiento, ante una ruinas, un templo, un castillo, se paran pensativos, melancólicos de su propia historia ilustre. Pero no siempre hemos de creer las aventuras que cada uno cuenta y sueña. No vamos a creerle cuando él se imagina que tienen náyades sentadas en sus riberas, o cuando cuenta que las muchachas, enamoradas de su canción, se han quedado allí soñando amores imposibles, con la nostalgia infinita de lo que se va... Sin embargo... Sin embargo... Ulises llega a un río de hermosas aguas, y, después de haber nadado por el mar durante dos días, suplica humilde y tenue: "Ten piedad, ¡oh rey!, porque es para mí una gloria poder suplicarte". El río amansa su corriente y acoge a Ulises, salvándole de las iras de Poseidon, el de la sonrisa innumerable... ¿No será verdad que tienen alma los ríos?...

Pedro CABA.

Valencia, España. 1949.

Otro poema de GOETHE

(Traducción y envío de *Charlote ALTEN*. En el bicentenario del nacimiento de Goethe).

CANCION DE LOS ESPIRITUS
SOBRE EL AGUA

El alma humana
Se parece al agua:
Del cielo llega,
Al cielo sube,
Y sigue bajando
A la tierra
En cambio eterno.

En cuanto corre
El claro surtidor
De la cuesta alta
Y escarpada,
Espolvorea encantador
En ondas chispeantes
Hasta la roca lisa.
Y recibido ligero
Ondea velando
Y murmurando
Al fondo.

Si se alzan escollos
En contra de la caída,
Espumea desazonado
Gradualmente
Al abismo.

En cauce plano
Se escurre entre praderas,
Y en el lago llano
Pastorean las estrellas,
Reflejándose.

De la ola el viento
Es amante cariñoso,
Viento desde el fondo
Agita olas espumeantes.

¡Alma humana,
Que te parezcas al agua!
¡Suerte humana,
Que te parezcas al viento!

GESANG DER GEISTER
ÜBER DEN WASSERN

Des Menschen Seele
Gleicht dem Wasser:
Von Himmel kommt es,
Zum Himmel steigt es,
Und wieder nieder
Zur Erde muss es,
Ewig wechselnd.

Stromt von der hohen
Steilen Felswand
Der reine Strahl,
Dann staubt er lieblich
In Wolkenwellen
Zum glatten Fels,
Und leicht empfangen,
Wallt er verschleiernd,
Leisrauschend,
Zur Tiefe nieder.

Ragen Klippen
Dem Sturz entgegen,
Schaumt er unmutig
Stufenweise
Zum Abgrund.

Im flachen Bette
Schleicht er das Wiesental hin,
Und in dem glatten See
Weiden ihr Antlitz
Alle Gestirne.

Wind ist der Welle
Lieblicher Buhler,
Wind mischt von Grund aus
Schaumende Wogen.

Seele des Menschen,
Wie gleichst du dem Wasser!
Schicksal des Menschen,
Wie gleichst du dem Wind!

(Hecho después de la visita al salto de agua cerca de Lauterbrunn, en Octubre de 1779).

ALLA ADENTRO

Profecía angustiosa

Por *Rafael* CARDONA

(En *La Prensa*. México, D. F., 10 de junio de 1946).

Hace poco leí a un amigo un capítulo sobre "Los límites del Intelecto", que forma parte de un libro en que he trabajado algo más de treinta años. Quizás el lector sonría ante tanta paciencia, según la prisa moderna por acabar libros y venderlos. He dicho que he trabajado sobre él más de treinta años; pero no que durante ese tiempo haya estado escribiéndolo. El tema de esa obra es para mí enteramente autobiográfico; es en realidad parte minúscula y personal del gran drama contemporáneo de la Razón desasida de la idea de la Unidad, pero sus elementos no son dramáticos sino técnicos. Reducir un drama a sus causas primarias, elevarlo a la categoría de principio universal y viviente, es una obra de análisis y de generalización que implica no sólo sacrificios realmente púgiles, sino consagración y devoción intelectual plena en auxilio de la cultura.

Explica esto para presentar, por oposición a la naturaleza de ese libro, el caso de la grande y terrible profecía aristotélica, sobre cuyo autor conozco más de cien obras fundamentales en tres lenguas; entre ellas la edición monumental de Mac Keon, quizás el más puro e ilustre de los compiladores y "grecólogos" contemporáneos. El interés de aquella lectura versó sobre aquel dramático instante, referido por Benedetto Croce en su Estética, en que el poderoso peripatético de Estagira se queda un momento silencioso, mirando hacia la lejanía, después de lo cual dijo que "avizoraba en el porvenir una catástrofe trágica". El mismo Croce parece rehuir la explicación sucinta del viejo maestro racionalista griego, pues su referencia, aparte de incompleta, está llena de las suspensiones mentales que indican una información obscura y fragmentaria de aquella revelación.

Aristóteles, que había sacado los elementos de su racionalismo absoluto del subterráneo de los santuarios, hizo lo que el Prometeo esquiliano llevando el fuego a los mortales: robó la chispa divina y emprendió su jornada de organizar el conocimiento por medio de la fundación de las ciencias naturales, el proceso de las categorías y la política. Su Tratado del Alma (De Anima) llega a las mismas conclusiones que muchos siglos más tarde adoptará, con la Crítica de la Razón Pura, el hombrecito de Koenigsberg, Kant. Para él, el alma no es objeto de conocimiento, y por eso se refugia en la naturaleza, en la gran exploración del mundo y del hombre y en el intelecto científico. Desde entonces estamos viviendo el gran drama, la soberana tragedia del hombre pensante, desasido de los viejos misterios cosmogónicos de la Religión.

¿Qué fué lo que dijo Aristóteles ante sus discípulos asombrados? Avizorar una catástrofe "trágica" —dejemos sin tocar la expresión de Croce y la traducción de Unamuno— es palpar en las entrañas del tiempo la etapa final que estamos viviendo, cuando toda la ciencia aplicada (que para Aristóteles no es ya ciencia sino mecánica) concurre a la destrucción del gran mago que la pone en juego. Es indudable que por un proceso bastante complicado de la ideación (por el análisis comparado de los efectos y las causas) el hombre puede saber qué ocurrirá en el futuro, aunque no fijar la época exacta. Pero Aristóteles sabía que esa exploración del mundo y del hombre crearía, con el tiempo y el progreso mismo de la mecánica aplicada, el choque final de las fuerzas en reversión, debido a que la Naturaleza es limitada y los poderes del intelecto también. En realidad, el hombre moderno ha renunciado a la Idea de lo Infinito, que es el campo en que opera la religión; y sólo regresando al Infinito se puede descubrir este misterio del "yo" pensante, separado, multiforme y que no cesa de expandir sus energías a costa de otros centros sociales similares al suyo.

He aquí una materia de meditación que no es para registrada en un solo comentario, que ameritaría una serie de estudios históricos y filosóficos de alto alcance.

En el Perú, consigue la suscrición al **Repertorio** con la
AGENCIA MODERNA
En Arequipa. Casilla Correos Nº 102
—o—
En Chile, la consigue con
GEORGE NASCIMENTO y Cía.
Santiago, Casilla Nº 2298.
—o—
En Guatemala, con
Doña MARTA DE TORRES
En la ciudad de Guatemala.
(Callejón Escuintlilla, 8)
—o—
En El Salvador, con el
Prof. ML. VICENTE GAVIDIA
En Santa Ana (Liceo "Alberto Masferrer")

Las abejas deben también llorar

Es un cuento de *Eduardo* *JENKINS DOBLES*

(En el *Rep. Amer.*)

La llama resaltó en la noche, solitaria y trágica como un goterón de sangre contra una muralla de ébano. Rosa aplicó el fósforo al bajo y saliente techo de paja, inexpresiva y silenciosa como los ídolos que sus antepasados una vez tallaron en troncos gigantescos.

Y esperó hasta que la fogata tomó fuerza, ensanchándose y rugiendo como si quisiera calcinar el propio cuerpo de la noche. Su corazón no necesitaba quema: era ya un acervo de cenizas. Pero las múltiples arrugas que marcaban su frente parecían aún extenderse en orgulloso desafío. La mujer no parpadeó, ni permitió un suspiro hacerse al aire, desde su pecho. No se escuchaba más sonido que el rabioso crepitar del rancho en llamas y el largo, angustioso aullido de un coyote hambriento, en los cerros.

Rosa agarró el motete de ropa, trastos y pequeños recuerdos —como una barata fotografía de Lina, la fugitiva hija de diecesiete años— y empezó a ascender la colina, midiendo el camino polvoriento en despaciosos y mecánicos pasos. No miró atrás, ni al firmamento, ni a los anchos higuerones, sino que mantuvo su vista fija adelante. Al alcanzar la cumbre del cerro, ella tornó a contemplar por la vez postrera.

Las fieras llamas empezaban a morir, se reducían a un montón de brasas. Las nubes de humo todavía colgaban sobre el lugar, lentamente cediendo su siniestro brillo rojizo, sacudidas por un viento arreciante. Rosa percibió un grupo de vecinos que se congregaba alrededor, ya agitando sus manos o caminando de un lado al otro, ya permaneciendo rígidos, todos tratando de entender por qué.

Un pájaro desvelado gritó huecamente y una bocanada de aire —perfumado por el alto zacate y las flores amarillas que cubrían los campos— penetró sus fosas nasales. Nuevamente los agudos cuchillos de la congoja se clavaban en su pecho.

Recordó a Lina: su sinuosa figura y caderas anchas y vívidas como las de una potranca que retoza en las praderas; su piel cobriza y ojos de negra lava; su sonora voz y cálidos gestos; sus largas trenzas que se bamboleaban sueltamente cuando ella se movía, alegrando cada objeto, tarea y momento. La madre recordó los interminables años de lucha: lavando ropa en el arroyo cercano, arrancando frijoles de la madrugada al mediodía, cogiendo café en los meses de cosecha, agotándose de invierno a invierno y agotándose nunca. Recordó las numerosas noches de insomnio, a la orilla del lecho donde Lina forcejeaba con la fiebre; rememoró los esfuerzos por enseñarle buenas maneras y reglas morales de vida. Años de sudor, fatiga, devoción y esperanza.

Mas ahora Lina había partido; Lina, su solo motivo de existencia. La madre no había llorado cuando se enteró de su escape con un apuesto, untuoso abogado que solía visitar la zona conduciendo un brillante automóvil, husmeando litigios y murmurando tentadores alegatos en los rústicos y confidentes oídos de las muchachas campesinas. No, el orgullo no le permitió llorar. No había sollozado, tampoco, en aquella lejana tarde cuando su marido fué transportado a la casa en brazos de amigos quebrantados, muerto al caer desde la copa de un árbol al que había subido para cortar leña. La mujer recordó, pero continuó rehusando a verter lágrimas.

El primer lavado gris de la madrugada comenzó a revelar la forma y color de los campos, los bambúes y casas de adobe. Un gallo rojo en la rama de un naranjo aguijoneó el sol naciente con las espuelas de su canto y saltó a tierra seguido por una bandada de sumisas hembras. La vida se volcaba de nuevo sobre el mundo, nadie sabía por qué.

Un jovenzuelo se acercó guiando una yunta de escuálidos bueyes que parecían apenas capaces de arrastrar la ruidosa carreta, sobrecargada de cañas de azúcar. Pronto llegaría al trapiche vecino, donde la caña sería introducida en los cilindros y el dulce jugo puesto en la paila. Los niños vendrían a vigilar con admiración al grupo de trabajadores, uno conduciendo los bueyes que hacen girar los exprimidores, otro agitando el hirviente caldo, otro más alimentando el horno con brazadas de leña y bagazo. Los niños habrían de traer latas donde saborear la espuma y reirían alegremente y saltarían aquí y allá y esperarían hasta que los pericos pudieran hacerse sumergiendo un poco de caldo —espeso y moreno ya— en un balde de agua fresca. Niños de manos pálidas y dientes agujereados, niñas en andrajos y de largo pelo negro que se columpia sobre los hombros...

El jovenzuelo levantó su sombrero y saludó: "Buenos días".

Rosa hubo de mirarlo extraviadamente, sus labios rígidos, sus oídos incapaces de interpretar los sonidos. El boyero se sonrojó y azuzó la yunta nerviosamente.

Olor a café caliente y tortillas llegaba desde los ranchos erectos a lo largo del camino; un mugrio cerdo escarbaba una mata de yuca; el rocío iba evaporándose. La mujer siguió adelante, adelante, loma tras loma, elevando pequeñas nubes de polvo en el sendero.

El sol apareció completamente y se remontó alto en el horizonte y empezó a calcinar la tierra, los techos, las flores amarillas, la carne de los labradores y la propia estrujada carne de la mujer. Su pelo, canoso ya, reverberaba como si fuera de plata irreducible.

Rosa percibió, súbitamente, la aguda maceración que le producían varios guijarros deslizados en sus sandalias. Para removerlos se detuvo a la sombra de un frondoso árbol.

En el áspero tronco se distinguía una profunda cavidad donde anteriormente una colmena de abejas había residido. Las abejas son tiernos y humildes insectos que laboran alegre e incansablemente siempre que posean una reina. Pero si la reina se ausenta, su corazón pronto se hace polvo, se vuelve añoso, y la razón para trabajar desaparece. Las abejas entonces huyen, abandonando todo excepto el recuerdo de una vida antiguamente feliz. Vuelan sin derrotero fijo, desesperadas, sabiendo que es necesario continuar bregando pero suplicando la llegada de la muerte. Las abejas, dueñas de la miel y la industriosidad, desdeñosas del llanto que doblega su simple orgullo.

Rosa trató de incorporarse y continuar su jornada sonámbula, quizás hacia el lejano valle de San Isidro donde un pariente vivía. Pero sus piernas no obedecieron; su fortaleza moral estaba derrumbándose. Ya nunca podría levantarse de nuevo.

—¿Qué le preocupa, señora? ¿Puedo ayudarla en algo?

La voz, varonil y solícita, sacudió a la anciana como un rayo. Su rostro frenético apuntó al desconocido:

—La reina ha muerto, la reina ha muerto...

Y el llanto la avasalló, como si una insoportable masa de nubes negras pudiera, de súbito, descargar su angustia amurallada en una larga, larga lluvia.

Univ. of Fla., 1948.

En las últimas ediciones del FONDO DE CULTURA ECONOMICA (Pánuco 63. México, D. F.):

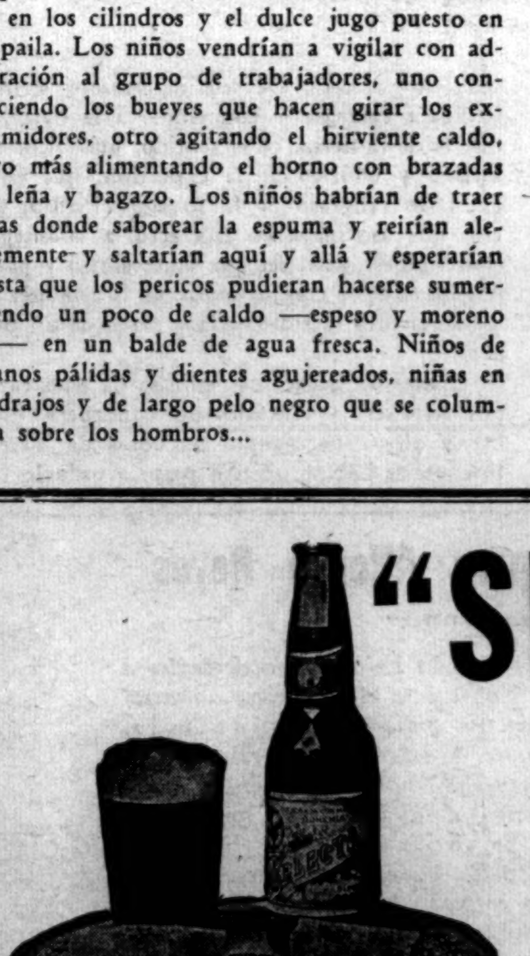
Las grandes Culturas de la Humanidad. Por Ralf Turner. Un vol. empastado de 1.305 pp. Dólares 6.55.

La experiencia y la Naturaleza. Por John Dewey. Un volumen de 398 pp. Dólares 2.35.

Técnica de la investigación social. Por G. A. Lundberg. Un volumen de 500 pp. Dólares 2.65.

El pensamiento de Hegel. Por Ernst Bloch. Un volumen de 470 pp. Dólares 3.10.

Las fuentes de la Civilización. Por Ellsworth Huntington. Un volumen de 696 pp. Dólares 5.00.


"SELECTA"
La Cerveza
del Hogar
EXQUISITA Y SUPERIOR

Palabras sobre la tumba de Teresa

Por *Jacinto FOMBONA PACHANO*

(En el *Boletín* de la Academia Venezolana. Caracas, Julio-Setbre. 1948).

Teresa de la Parra

(*Palabras leídas por su autor en las exequias de* Teresa de la Parra).

No cabe la lamentación desolada, ni siquiera el discreto correr del llanto, ante el féretro de quien fué sereno y sonriente espíritu, de quien se encaró al mundo y a sus criaturas con honda, pero amable actitud, de admonición sutilmente regocijante y de piadosa ironía. Cuadran, en cambio, a la que hizo norma filosófica de esa conducta, la elegía pagana y la evocación anecdótica.

Teresa de la Parra vuelve hoy a la Caracas de sus mayores y de sus años juveniles, para recibir el homenaje que le debíamos y que es de la tierra, en el sentido, más bien, eletributarle, cuando aún alentaba su espléndida vida de escritora. De este majestuoso recinto, iremos a entregar —con ella— a la tierra, lo que es de la tierra, en el sentido, más bien, elemental y telúrico de la expresión, que en el del latín religioso de la liturgia. Pienso, por eso, que asistimos, en este acto, a la integración simbólica del ser que amó, sintió y pensó por los suyos y con los suyos, en la armonía total de cuanto es substancia y carne de un pueblo.

Antes de llegar sus cenizas, ya eran caminos terrestres y fluviales de Venezuela, lumbre y aire venezolanos, las obras de Teresa. Por ahí se habían abierto paso, a todo lo largo y ancho del alma nacional, mensajeras de una noble nostalgia, de un amor ardiente y creciente por nuestros individuos y cosas, que nos llegaban de su voluntario exilio en Europa. Exiliada, por imposiciones del medio, tal vez, impermeable, por su inquietud un poco nómado, o por mero azar de la suerte vivió y murió esta gran mujer. Fueron escasos los años que de su existencia transcurrieron a nuestro lado, apenas los de su primera mocedad; escaso también el número de los que gozaron, aquí, el privilegio de entender y valorar la magnitud de sus altas dotes intelectuales. Como de otra insigne compatriota de nombre idéntico, Teresa Carreño, de ella puede decirse que no fué profeta en su tierra, aun cuando las dos la pusieron a relucir, ceñida a sus sienes, como hermoso aderezo de nuestra Guayana.

Nacida en París a comienzos del siglo, la muerte sorprendió a Teresa en Madrid, en 1936, meses antes de estallar la insurrección contra la República. Se confirmó, así, el dramático sino de su destierro, de su angustiada e infatigable andanza por buena parte de la geografía física y espiritual de ambos mundos. Pero el ansia del nómade —pudo expresar ella— nunca logra saciar su hambre de horizontes; conduce irremediablemente al punto de partida. De ahí que no apartara sus ojos de la patria de su juventud, que fué la de sus padres, y a la cual se dió por entero en amor y en obras. De este modo se realizó el prodigio de la sangre y el de tradición que era igualmente savia de sus ideas y sentimientos.

Hija de ilustre familia venezola, contó entre sus ascendientes a una de las nueve musas Aristeguieta, prima de Bolívar, y de ella heredó en la pila bautismal el nombre, Ana Teresa —simplificado en el pseudónimo literario— y, por misterioso designio eugénico, la gracia aristocrática de la figura y la sal del espíritu. Teresa misma nos da testimonio, en alguno de sus escritos, de su inquebrantable lealtad al terruño de sus mayores. Se quejaba sin amargura, antes con inteligencia y risueña misericordia, de la indiferencia o desdén de sus coterráneos —los caraqueños— por el éxito que los hijos de su ingenio alcanzaban en París, España y América. Tanto las buenas como las malas impresiones le iban, de vez en cuando, de su querida ciudad del Avila, en el pergeño epistolar de contados, pero consecuentes admiradores. Le informaban indignados de aquella frialdad envidiosa o irresponsable. Teresa, en pleno apogeo de su gloria en París, se había tornado más modesta, más apacible, más profundamente conocedora del alma regional, de las menudas rencillas de "campanario" que se ventilaban en Caracas, y respondía con mayor preocupación por su tierra, con mayor afecto por sus paisajes y por sus miserias morales, con artículos, con libros de dulce entraña venezolana.

Ya había emprendido la fuga material del medio hostil, por incomprensivo. Atrás quedaban los años de su iniciación en las letras, cuando, lanzada al público por uno de nuestros máximos novelistas, con "El Diario de una Señorita que se Fastidia", germen de su "Ifigenia", fué sorpresa gozosa para los buenos catadores de su fino y agudo talento, escándalo para muchedumbre de recoletos y vestales. Desapareció su esbelta y elegante silueta de calles, tertulias literarias y salones urbanos. Llegó el momento de su triunfo resonante en París con el primer premio ganado por "Ifigenia", en el concurso de novelas americanas. Siguieron, luego, los apólogos de los críticos extranjeros, sus "Memorias de Mamá Blanca".

El Premio NOBEL para Alfonso Reyes

(En el *Rep. Amer.*)

La hora americana ha llegado cuando todos los intelectuales a unísono pidan a Suecia el Premio Nobel *para el americano universal* Alfonso Reyes. *Hace años que venimos pidiendo esta* j u s t i c i a. *No hay quien pueda discutir o dudar de este merecido galardón. Si nació en México el sabio* Alfonso Reyes *es tan de Chile como de Puerto Rico, tan de Cuba como del Perú o de la República Dominicana. Su voz es de España, de América. Su voz es del hombre "humano" universal. Aquí en los Estados Unidos ha empezado hace años la campaña; hoy desde el* Repertorio *empiezo la de Hispano-América. Unanse los intelectuales y siguiendo la política que seguimos con la Mistral, respaldemos al heleno-latino americano* Alfonso Reyes.

Pedro Juan LABARTHE.

Pittsburgh, Pa. Marzo de 1949.

En México se encuentra actualmente la dirección de la Revista Iberoamericana, que antes estuvo al cuidado de nuestro compatriota Carlos García Prada y del poeta y profesor chileno Arturo Torres Ríoseco. Responden ahora, como director literario y como director técnico, don Julio Jiménez Rueda y don Francisco Monterde, dos finos intelectuales a quienes cuenta entre sus profesores la Universidad y entre sus representantes de lujo la Academia. Y es a ellos principalmente a quienes los colombianos debemos la realización del homenaje que a Sanín Cano se rinde y que fué propuesto por un crítico de las Antillas en 1937, y luego por el profesor Manuel Pedro González, de la Universidad de California, hace diez años.

Aparece ahora el volumen 26, del volumen décimo-tercio, del presente febrero, totalmente dedicado al maestro, con espléndidos artículos de renombrados escritores de Colombia, México, la Argentina, Venezuela, Chile, Cuba, Costa Rica, Santo Domingo, el Uruguay y la común madre España, adhesiones de Academias, Universidades e Institutos, y la puerta entreabierta para ver cómo se mueven los que pugnaron por entrar, de los mismos países y de otros, pero que no pudieron, porque doscientas páginas son un espacio demasiado reducido para sentar a todos los que leen, quieren y admiran al por ellos llamado "patriarca de las letras americanas" y segurísimo conductor de varias generaciones.

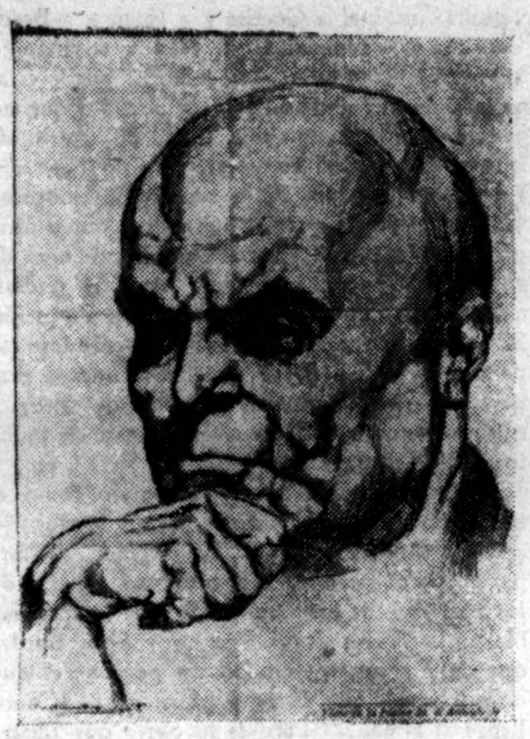
Coinciden todos en alabar esa inteligencia lúcida y abierta a todas las corrientes; esa erudición maciza, pero sin asomos de pedantería; esa dedicación de setenta años a la tarea de enseñar sin proponérselo, acaso sin desearlo, por simple necesidad espiritual de comunicarles a los demás las impresiones que en la tela de su alma andan bordando personas y sucesos. Coinciden en reconocer en el maestro Sanín Cano una vida de austeridad, de permanente estudio, de amor a la libertad, de lucha contra todas las cadenas de la carne o del espíritu, de cuidadosa y minuciosa observación, para hacer aquellas comparaciones en que de pronto puede hallarse la oportunidad, como una grieta, para lanzar un cohete que, al estallar, ilumine

ADMIRACION CONTINENTAL

El Homenaje al Maestro SANIN CANO

Por *Luis E. NIETO CABALLERO*

(En el Suplemento Literario de *El Tiempo* de Bogotá, 6 de marzo de 1949)



B. Sanín Cano

ante las gentes desprevenidas de Europa las bellezas del nuevo mundo.

A propósito de una impertinencia de Ramiro de Maeztu, cuya inteligencia y cuya vida tan mal fin encontraron, don José Portuando, hispano-americano de la Universidad de Wisconsin, hace un elogio cabal del "dilettante", suponiendo a Sanín Cano bien hallado en esta casilla donde Maeztu creía verlo, y entonces ya no es el superficial sino el curioso, el hombre universal, para quien ninguna disciplina es ajena, ávido de conocimientos, sin gusto por las clasificaciones, pero analista fino, con ojos perspicaces, capaz de verlo y de entenderlo todo, también de discutirlo, o mejor, de analizarlo, navegante de todos los mares y en todos los tiempos, en las aguas de ayer y en la borrasca, sin miedo a ninguna idea, a ninguna teoría, a ninguna doctrina, adalid de las suyas, pero adalid contra las opuestas a su credo de libertad y tolerancia.

"Nuestro ensayista máximo, entre los vivientes", lo llama Francisco Romero, el filósofo argentino, no sin explicar que "el ensayista es uno de los más refinados y complejos productos de una cultura", y sin agregar que ve en él "uno de los más eficaces estímulos con que ha contado y cuenta la espiritualidad en nuestras tierras". "Montañés de Antioquia, con vocación de alta mar", le dice Mariano Picón Salas, quien alaba la prosa precisa, pero no endomingada, del maestro, que lo saca del púlpito, de la cátedra, de la capilla, de la ceremonia, y lo deja, republicanamente, hablando con todos el lenguaje de todos, sólo que impregnado de sabiduría y de malicia.

No obstante su humorismo, que todos reconocen, y que necesaria y esencialmente ha de dar calor a su prosa, Gabriela Mistral habla de "cierta frialdad deliberada que corre por su obra y que corresponde al frío tónico de las ideas". En una forma original y simpática dice: "la frase viva pero sin galope de su prosa". Roberto Giusti, que lo considera un agitador, un excitador de otras inteligencias, un animador, un guía espiritual, muestra la sabia mezcla de lo español y de lo inglés en ese espíritu equilibrado, generoso y explorador, permanentemente joven y alerta.

García Monge da una prueba inequívoca de que su admiración por el maestro Sanín Cano no es ocasional, ni apropiada para un jubileo, sino expresión de un largo comercio con su prosa y de una ancha gratitud por su en-

---

Más triunfos. Su paseo, entre palmas, por Cuba y Colombia, el aplauso entusiasta de otros países del continente... y el silencio, siempre el silencio, con rarísimas excepciones, de sus compatriotas...

Teresa, no obstante, los perdonaba y acrecentaba su afecto y su inclinación hacia los motivos de la tierra. No perdió recuerdos ni contactos... sino que se mantenía indestructiblemente enlazada a ésta, en perpetuo culto de evocación creadora y fecunda. No comprendieron y no le perdonaron los otros el sutil humor de sus páginas, su cordial y zumbón vapuleo a la sociedad y a los hábitos anacrónicos de nuestras gentes. No calaron aquella penetrante ironía, desbordante de humanidad, de comprensión y compasión ante el prójimo, que, uno de sus más destacados panegiristas, hizo fraternizar con el alma de un Jorge Hoore, de un Anatole France, y, más aún con la del "injustamente olvidado Gutiérrez Nájera".

Advinieron, por último, los instantes de su grave dolencia, los meses de su cura de reposo en el dormido clima de Suiza, a orillas de los lagos azules y silencios marginados de ilustres evocaciones: Byron, Shelley, Mme. Stael, Benjamín Constant. No desvirtuaba allí la contemplación del paisaje ajeno y sedante, la fidelidad por sus senderos avileños y sus rutilantes cielos americanos. Tampoco la de continuar y superar su obra futura con inspiración, trama y contenido vernáculos. Le fué imposible satisfacer sus ambiciones optimistas. La muerte que, al decir de Jorge Manrique, se presenta siempre "tan callando", se encargó de troncharla. Quedan a pesar de todo sus cartas íntimas, plenas de sus amores y propósitos, que algún día verán la luz. Están, primordialmente, sus dos novelas, "Ifigenia" y "Memorias de Mamá Blanca", fundamentales en las modernas letras de América, para atestiguar su devoción a la tierra madre, para patentizar el sabor virtualmente venezolano que las hace ejemplares en nuestras literatura.

Temperamento, el de Teresa impregnado de ternura exquisita y lírica, se la observa inclinarse a menudo, con simpatía, sobre los humildes y desheredados, embalsamarlos con los óleos de su suave e ingenua sonrisa, como en aquel pasaje que en "Ifigenia" consagra especialmente a Gregoria, la criada negra: o, en aquel otro de "Memorias de Mamá Blanca", donde logra una magnífica creación de Vicente Cochocho, hermano gemelo de Juan Bimba, mientras no escapan, al leve filo de su mal entendida ironía, las mezquindades y estrechos prejuicios de los más altos. De mentalidad libérrima, tuvo que chocar con su tiempo, en la Caracas todavía semicolonial de hace más de veinte años, que la vió insurgir contra ella y que, en el delicado humorismo de la escritora, creyó palpar irrespetuosa mordacidad, hasta el punto de signarla con su anatema.

Fué, por el contrario, Teresa, uno, si no el único de los punteros femeninos, de entonces, en la lucha incipiente por la emancipación espiritual de la mujer venezolana. A su título indiscutible de gran señora de las letras, con sitio empinado a la vera de las cuatro o cinco figuras de su sexo, que son honra de América, le toca el de fervorosa y práctica defensora de esos derechos, sin estallidos de mal gusto, pero con meridiana conciencia del papel que a ellas corresponde en el orden nuevo del mundo.

Además de su rebeldía que inunda, como agua espejeante y callada, las páginas de sus mejores novelas y el alma de sus personajes mejor delineados, dan fe de sus convicciones —aunque ya en escueta forma de ensayo— tres conferencias que dictó, cuando su visita a Bogotá, acerca del influjo de la mujer en la Historia de América. La preocupación, pues, por los problemas sociales de la hora actual, no se halla ausente del pensamiento ni de la vida de esta gran novelista. Quien como ella alcanzó a responder con genial intuición a las exigentes y más refinadas expresiones del arte,

señanza: la de que en su tan conocido, tan generoso y tan útil *Repertorio Americano* ha reproducido ciento cincuenta y cinco artículos de esa pluma. Luis Emilio Soto, que apunta cómo varios enemigos del imperialismo y de la opresión, al encanecer se envilecieron y se alquilaron, destaca a Sanín Cano, de pie sobre su roca, como un hombre a quien no alcanzó a salpicar el oleaje de la concupiscencia, ni manchó la deslealtad, ni hizo vacilar el miedo, para continuar en el periodismo como en una cátedra, difundiendo con autoridad y con gracia su enseñanza.

Por eso Marinello lo ve, desde la isla de la estrella solitaria, como el gran definidor, sin más pasión que la verdad, con una rara capacidad de ordenación y síntesis, de varia cultura y de cernida erudición, cuyo mayor servicio ha sido el de decir a nuestras gentes, durante medio siglo, cómo son los movimientos sociales, las conmociones espirituales, los cambios de estilo, el sentido de las doctrinas y las guerras. Jorge Mañach, también en Cuba, lo llama hermosamente "Ministro de Comunicaciones Espirituales", maestro de tolerancia, doliéndose de que en sus escritos sea tan impersonal, pues un hombre de su calidad sería deseable que se dejara conocer mejor, que fuera menos avaro de sus emociones, menos pudoroso, menos íntimo, una vez que es uno de los grandes ejemplos de comprensión y de serenidad que tiene el continente.

Max Henríquez Ureña lo considera en su artículo, como "el maestro del ensayo breve". José Mª Chacón y Calvo penetra en la selva de los recuerdos y de las anécdotas, para decir cómo Sanín Cano se daba por su propia cuenta al estudio de las lenguas nórdicas, sin otro propósito y sin otro interés que el de leer en su idioma, original a Goethe y a Ibsen y a Brandes, con una tenacidad que bien se advierte en su fuerte mandíbula. Así como se puede estar seguro de que nada entrará en su boca que no muela y triture, también se puede estarlo de que nada agarrará su mente que no haga definitivamente suyo. Pudo sonreír de la broma y de la burla de quienes afirmaban que múltiples autores por él citados eran invenciones de su fantasía, porque los que hasta él podían elevarse sin desvanecerse, como José Asunción Silva y Guillermo Valencia, iban enterándose cada día, gracias a él, de que había nuevas maneras de decir y nuevas maneras de sentir y nuevas maneras de pensar, al margen de todos los credos consagrados.

Es curioso que tanto Portuondo como el mexicano Andrés Iduarte se hayan aficionado a Sanín Cano a través de Fray Candil, el simpatiquísimo, pero ya tan olvidado cubano de las *Fiebres* y de los *Capotazos* y de la entrañable amistad con Jorge Pombo y Soto Borda, que dejó a nuestra ciudad un poema del que es inolvidable el "¡Bogotá melancólica! ¡Cómo llegas al alma...!" Pero es lo cierto que Iduarte y Portuondo empezaron a saber de las letras del continente por los artículos de Bobadilla y que ambos resolvieron aplicarle a Sanín Cano la frase con que éste lo despidió para lo eterno: "Un hado benigno le había condenado a morir joven después de los sesenta años"... A Sanín Cano, dicen ellos, y decimos todos, el hado benigno lo ha condenado a vivir joven después de los ochenta años. ¡Mayor gracia!

Don Marcos A. Morinigo lo estudia, en la Universidad de California del Sur, en su capacidad de filólogo, para hacer notar cómo, velando por la pureza del idioma y siendo como ninguno castizo, Sanín Cano considera que no hay por qué temerle al habla popular, que es la que enriquece el caudal, como cosa viva y chispeante que es, imagen del pueblo o su reflejo, de donde van saliendo expresiones y giros de mucha sustancia. Sanín Cano, frente a la puerta del idioma, no es un cancerbero sino un guía, que va mostrando y calificando acertadamente lo esencial, quitando el polvo de los cuadros, evocando el pasado, pero dejando también pasar las corrientes de aire que de fuera soplan. Nada de "hortus conclusus" sino de heredad abierta, para que todo se renueve y se preñe. Del contacto con otros idiomas y con otros fenómenos, conceptos y vocablos pueden formarse que, adaptándose al genio de la lengua, la enriquezcan y hagan más flexible.

Así, como un orientador, como un animador, como un modelo, ve la América nuestra a Sanín Cano. Germán Arciniegas, en hermoso artículo hace notar cómo la enseñanza mayor del maestro está en su capacidad de estudio, en el ejemplo que da, más que en lo que dice, en su lealtad a la tierra, de la que no ha perdido ni el acento, pero en su necesidad, su afán a veces, de peregrinaje. Y habla de su malicia, de "una cara seria con un juego guardado de sonrisas" y de la más hermosa cabeza que gire sobre hombros latinoamericanos. Ya lo había observado Stephan Zweig en Buenos Aires, cuando se reunió la conferencia internacional del Pen Club y lo supieron aprovechar, según cuenta Arciniegas, los fotógrafos argentinos. Por último —*last, but not the least* — cierra el homenaje una preciosa estampa del maestro —azorinesca, dicen los directores— escrita por Hernando Téllez. Recuerda la maravillosa descripción que hizo Faguet del momento en que Rabelais, terminada la labor del día, salta a la cama.

Lo que sí quiero aclararle a Germán Arciniegas, al margen de su admirable artículo, porque sirve para muchos escritores igualmente equivocados al respecto, es que la manera de ganarse la vida de Sanín Cano, a fines del pasado siglo y comienzos del actual, en una empresa de tranvías, nada tenía ni tuvo que ver con el diario despacho de los carros, ni con el trato de los conductores, ni con el problema de alimentar y curarles sus mataduras a las mulas. Tranvía de mulas sí, pero más conocidas por los parroquianos y por los pasajeros que por el maestro, que permanecía todo el tiempo encerrado en las oficinas de la gerencia, haciendo cuentas y cálculos. Y aquí termina lo que dice la revista.

¿Es éste el homenaje de todos los países de habla española a Sanín Cano?... Veinte, cuarenta números iguales, pudieron sin esfuerzo consagrársele. Así lo sienten e insinúan Jiménez Rueda y Monterde. El actual es apenas una muestra. Como es una insinuación, la repetición de una insinuación, para que Colombia reúna la obra dispersa del maestro, y edite una serie de volúmenes que vayan, como regalo del país, a las principales bibliotecas del mundo. Así se extendería la influencia benéfica de este predicador de verdades plácidas y de verdades amargas, de este hombre recto y recatado, que ha servido a la cultura con ejemplar constancia y que en el atardecer de una vida, como pocas meritoria, sigue viendo que en el crepúsculo se extienden y titilan, siempre amigas, las luces de la inteligencia.

---

no desdeñó bajar de su torre, que bien pudo ser marfil, por acerca a los mansos de corazón, enfrentarse con las ideas vitales de su tiempo y armonizar el sentimiento de lo artístico puro con la realidad ecuménica de lo humano. Desde la oscura indígena americana, en el fragoroso incendio de la Conquista, sin pasar por alto el consejo o el arrojo, tantas veces decisivo, de la matrona colonial, hasta la intervención saludable de las amantes de Bolívar, ya en los albores de la República, todas aparecen apasionadamente exaltadas por Teresa, con proyecciones al porvenir de las sociedades humanas, en su ensayo histórico. Y son esas las armas que la escritora y la mujer ponen al servicio de su propia causa y de su propia superación.

Rebelarse contra el prejuicio infecundo, romper sus lanzas contra los molinos y los cabreros de un ayer tedioso e insípido, que no amainaba en despedirse frente a la realidad universal del presente, fué su tragedia y fué su gloria. Se reveló sin violencia y sin acritud, pero con enérgica autonomía, como hacen los espíritus elegidos.

Es reconfortante para los obreros del pensamiento este homenaje. Habla muy alto de quienes imparten la justicia y reconocen los méritos eminentes. También de cuantos han acudido a recibir a la impenitente viajera, a ritualizar el nuevo encuentro de su vuelta a Caracas. Mas, no se crea que vamos a enterrarla ni que se ha muerto para siempre. Ella irá a incorporarse al Olimpo de los que aún viven, piensan y hablan entre nosotros, a reintegrarse a las fuerzas elementales de nuestro suelo. Vengan las neblinas del Avila, vengan las auroras del monte, sonrientes como el estilo de Teresa, a repartir las excelencias de su espíritu por los mil rumbos de la patria. Y que sobre la tierra que haya de guardar sus cenizas, rota prisión de quien fué libre y anda libre, por milagro telúrico de nuestros dioses, como en el verso del poeta, "no se derrame el llanto".

En el Salón Elíptico.

8 diciembre, 1947.

Gallegos en casa de Steinbeck

(En *La Tribuna* de Lima del 11 de julio de 1948).

Signo de los tiempos: Rómulo Gallegos, Presidente de Venezuela, cenará el último día de su visita a los Estados Unidos en casa de John Steinbeck. Escritor de raza, el padre de *Doña Bárbara* le hurta el cuerpo a la rigidez almidonada de los protocolos y acepta el condumio fraternal de su colega. Un nuevo precedente ha roto el monótono convencionalismo que entreteje solemnes tedios en la fronda de una retórica bilingüe. Un escritor, un hombre sin cargo ni representación oficial, ha decidido invitar a un Presidente que es huésped de honor de su gobierno. La iniciativa era osada, pero más lo ha sido la respuesta. Rómulo Gallegos aparta compromisos diplomáticos y prefiere cenar en casa de Steinbeck. Y de ese modo se produce una espectacular conjunción de astros en las órbitas celestes de la literatura continental. *Doña Bárbara* cena en casa de *Viñas de Ira; Cantaclaro* se junta a *Camino de tabaco*. La novela del norte con la novela del sur. Steinbeck y Gallegos, que es como decir

Estados Unidos y Venezuela.

Acaso ningún signo puede resultar más propicio de la honda transformación que ha experimentado América. Hace pocos años — Roosevelt todavía despeinaba su mechón inquieto al desplegar sonrisa y capa al viento pertinaz del aeródromo— llegaron a Washington en pintoresca y monótona caravana los presidentes-dictadores del Sur. Allí se vió a Ubico, soturno, rechoncho y pesado, la mirada aviesa atisbando cautelosa bajo la visera. Allí estuvo Morínigo, luciendo sus potentes caninos en gesto advenedizo para su rostro de piedra. Allí la ñoñez estereotipada y culpable de cierto Presidente del Perú. Allí la presencia, entre bonachona e hirsuta, del General Enrique Peñaranda.

Esta vez no ha llegado ningún general, ni un dictador, ni un banquero. Un hombre, sólido y sobrio, como sus libros y sus años, descendió del avión oficial para estrechar la mano de Truman. Gallegos era la voz de Venezuela y, en cierto modo, la voz de la Nueva América. La voz de pueblos confiando su mandato a los maestros, a los escritores, a los hombres que han hecho de la vida una parábola de honradez y de limpieza. Es la seguridad de haber sepultado a las sueltas furias de la anarquía con apoyo exclusivo en la fuerza primordial. En el panorama de América, Gallegos Presidente es un suceso tan importante como lo fué, en el pasado siglo, el acceso de Sarmiento al poder. Pedagogo, como el argentino; como él, apóstol y con la ventaja plausible de su honda humanidad comprensiva para el lado autóctono de la Patria, que no claudica en favor de tiránicos y preconcebidos esquemas intelectuales de civilización.

La visita de los dictadores sudamericanos bordaba en Estados Unidos el rito alegórico y solemne de banquetes, discursos, evocaciones históricas y burbujeo espumante de champagne. La de Gallegos rompe el protocolo. Y en el encuentro con Steinbeck hay todo un valor de símbolo que acaso convenga destacar.

Diversas en su aspecto instrumental, distintas en su tono como un joropo puede serlo de un "espiritual", las obras de Gallegos y de Steinbeck coinciden en su radical interés por el hombre y por colocar al hombre en relación con la tierra. Tierra fugitiva, deseable y amarga, en las *Viñas del rencor*. Tierra embrujada, poderosa y dulce, "ancha pero ajena", en *Doña Bárbara*. Drama de granjero en el norteamericano desposeído. Drama del llanero enfeudado al terrateniente en el de Venezuela. Personaje de ambas novelas —de ambas obras— el hombre o los hombres que tienen con la tierra el diario desposorio del cultivo. En Steinbeck ruge la protesta del "farmer" trashumante que desanda, en desesperanza y mora, los caminos ayer abiertos por los pioneros en los espacios ilímites de la Unión. En Gallegos la conseja del llano, el misterio de la selva, la mórbida tentación del oprimido trópico. En los dos, un amor de verdad por los hombres y sus obras.

Gallegos come en casa de Steinbeck. Celebremos la comunión de las dos novelísticas como una gloriosa señal de tiempos nuevos para ésta y la otra América.

Luis Alberto SAÑCHEZ.

Dr. E. García Carrillo
Corazón y Vasos

CITAS EN EL TEL. 4328.

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopía

Con esta acreditada Agencia obtiene Ud. la suscrición al
Repertorio Americano:
The Moore-Cottrell Susbcription Agencies
Incorporated
North Cohocton, New York

La lección de la Historia

Por *J. Conangla FONTANILLES*
(En el *Rep. Amer.*)

Una de las enseñanzas más luminosas que se derivan de los estudios históricos nos convence de la lentitud total, tal vez indispensable, con que los pueblos avanzan en el camino inconmensurable de la civilización (tomando esta palabra en el significado más extenso, o sea en un sentido donde las cualidades y ventajas del adelanto moral o espiritual habrían de superar o por lo menos se habrían de equilibrar con los del progreso mecánico o materialista). La desproporción entre estos dos impulsos progresistas parece hoy más enorme que en ningún otro período confuso de la evolución humana; y en este desequilibrio, tan deprimente para los valores espirituales, radica, sin duda, el foco más virulento de las horribles crisis y angustias actuales, que espantan y torturan las inteligencias y las conciencias humanistas, en todos los ámbitos de nuestro convulso planeta.

Este desequilibrio entre las fuerzas despóticas abominables y las que se mueven a impulsos de elevados afanes en apariencia más o menos utópicos, nos constituye, empero, un fenómeno circunstancial de hoy, ya que ha coexistido y se ha revelado siempre, a través de todas las épocas humanas (probablemente desde las prehistóricas, según ya coligieron agudos pensadores, entre ellos Chersterton, en su libro *El hombre perdurable*); y tal vez de esta coexistencia, de este desequilibrio surge, precisamente, el acicate necesario más directo y valeroso, en cada nueva crisis, para que se yergan y se acoplen las rebeldías morales; para que vayan despertando en cada país los sentimientos dignificadores, para que la conciencia pública nacional e internacional escoja vías u orientaciones más seguras, por difíciles, por cruentos, por desesperantes que sean y tengan de ser los sacrificios que las voluntades legítimas revolucionarias hayan de consagrar, en cada época y en cada nación, al servicio de las genuinas ansias civilizadoras.

Refiriéndonos al continente americano, ¿dónde se produjo la génesis del ideal libertador, sino en la espontánea y bien justa indignación de las sucesivas generaciones coloniales contra las violencias, los abusos, las tiranías y los crímenes en general, de los invasores? ¿Cómo se fué vigorizando y organizando la rebeldía, en cada pueblo del continente colombino, sino a impulsos de las aisladas pero cada vez más numerosas, decididas y coincidentes muestras de inconformidad y de protesta contra las coacciones, las intransigencias y las injusticias del absolutismo español?

El panorama histórico, a manera de proyección cinematográfica, ofrece al observador atento y reflexivo las distintas conexiones por medio de las cuales se relacionan y se unen indisolublemente a través de los años, los esfuerzos periódicos de cada país hacia su lenta pero incesante superación. En ese desarrollo gradual incesante, podemos observar cómo unas épocas resultan más activas y provechosas que otras; unas generaciones dejan su esfuerzo mejorativo con huella más profunda y trascendental; consiguen agrupar y movilizar mayores y más eficaces decisiones, y provocan mayores heroísmos, en aras de los ideales dignificadores. Pero es en esa lucha ingente, tenaz, irreductible, que las fuerzas reaccionarias de la iniquidad y de la barbarie, poco a poco son abatidas; y las vencedoras disponen de nuevas y mejores ventajas para proseguir en sus empeños mejoradores.

Hemos de reconocer, sin embargo, que los impulsos más estimulantes, a favor de estas actividades renovadoras y emancipadoras, parten siempre, en todos los momentos históricos, de individualidades selectas, de mentes escogidas, de voluntades superiores, al principio aisladas, si bien unidas, después, por atracción de unos mismos sentimientos contra las injusticias, los vicios y las miserias de su alrededor; y por coincidencia noblemente apasionada de ideales, de aspiraciones o de propósitos hondamente humanistas, adictos a los deberes y a las consignas del más austero patriotismo.

Es de creer, honrada y severamente, que esas individualidades selectas, paladines entusiastas de la educación, apóstoles abnegados de las doctrinas liberales y democráticas, en cada país y en cada época determinada ejercen de instrumentos providenciales para que los pueblos, las naciones, las colectividades humanas avancen día a día por la ruta de la civilización ideal. La meta de esta ruta se halla aún, ciertamente, a incalculable lejanía de las actuales generaciones; mas, no por remota dejará de ser posible, en algún tiempo futuro de precisión infijable pero intuído por filósofos y poetas de maravillosa clarividencia espiritual, así como por creyentes fervorosos en los designios causales de la Evolución, la cual algún día (dúdelo o niéguelo quien quiera), puede convertir en realidad la suprema entelequia civilizadora: que la Tierra, liberada y purificada, a la postre, de todas sus locuras y turbaciones demoníacas, equivalga a un efectivo cielo, para redención, felicidad y confraternidad perdurables de la especie humana.

La Habana, 1949.

Agencia del
Repertorio Americano
en Londres
B. F. Stevens & Brown, Ltd.
New Ruskin House,
28-30 Little Rusell Street, W. C I
London, England

Formación histórica del político

Por *Alvaro de* ALBORNOZ

(En *España Republicana* de Bs. Aires. Agosto 21 de 1948).

La historia, decía Unamuno, es nombres y fechas. Con más razón se podría decir: la política es historia. Los problemas políticos se plantean históricamente, y es preciso verlos, lo mismo hacia el pasado que hacia el futuro, en proyección histórica. Ningún problema político es exclusivamente de hoy; todos ofrecen una larga trayectoria, en la que se va entretejiendo una enmarañada trama, siempre complicada y a veces sutilísima. Por eso son imprescindibles las lecciones de la historia, maestra de la vida... y de la muerte. La historia enseña a vivir y a morir...a tiempo. La experiencia individual, de vida corta y casi siempre abrumada de menesteres subalternos, no basta; hace falta la experiencia histórica, la experiencia colectiva, la experiencia de los siglos. Ella ilumina el camino mostrando los obstáculos en que repetidamente han tropezado las generaciones, indicando los derroteros que fatalmente conducen al abismo, señalando las causas que han producido en todo tiempo los mismos deplorables efectos, las soluciones que han fracasado una y otra vez y los sistemas, procedimientos, recursos y expedientes que no han dado resultado nunca. Nos ofrece asimismo las posibilidades, vislumbres y caminos nuevos que las viejas enseñanzas y experiencias dolorosas pueden suscitar o sugerir.

Nos alecciona con las caídas tremendas y las resurrecciones maravillosas que en sus anales se suceden, a la luz de los grandes errores y de los aciertos geniales. La historia es como un proyector que desgarra el velo del futuro, y en el menos favorable de los casos, como una boya o una ancla, un puerto de refugio que sirve para resguardarse de la tormenta.

Todos los grandes políticos antiguos, a quienes debemos esquemas y paradigmas de la política de gran estilo, han dominado la historia desde las altas cumbres de su destino. Así pudieron cumplir su misión providencial Alejandro y César, el uno hacia Oriente y el otro hacia Occidente. César escribía la historia tan maravillosamente como lo hacía, no desmereciendo sus *Comentarios* de sus batallas. Y en los tiempos modernos es insigne ejemplo Napoleón, quien se servía en la política de la historia como en la ciencia de la guerra de la matemática.

La gran política inglesa contemporánea, que parece tan empírica, sale de Oxford y de Cambridge. Los Pitt, los Caning, los Peel, los Russel, los Parmerston, los Disraeli, los Gladstone, rivalizan en cultura clásica tanto como en genio político, y ello explica que dirijan el *Foreign Office* en vez de ser dirigidos por él. Bismarck, un *junker*, un hoberau, estructura con sus nervios y sus músculos de acero la gran Alemania que han comenzado a plasmar los pensadores y los poetas. Guizot y Thiers, los dos insignes hombres de Estado de Francia, cultivan la historia como una disciplina científica y le consagran obras notables que todavía proporcionan fecundas enseñanzas. Y los dos únicos grandes estadistas españoles del pasado siglo, Castelar y Cánovas, son dos grandes historiadores. Castelar, liberal y optimista, estudia las épocas de renovación y de creación, el Renacimiento, el descubrimiento de América, la reforma religiosa, las grandes revoluciones de la historia. Cánovas, conservador y pesimista, la larga y ominosa decadencia, los tiempos calamitosos de Austrias y Borbones, y sobre sus experiencias y enseñanzas levanta el edificio de la Restauración. Ante su profundo saber político la espada inocua de Martínez Campos, el *madrugador* de Sagunto, es como *piuma o vento*, y en vano tratan de remedar la sabia y paciente construcción las figuras menudas y efímeras que pululan en torno a la pálida sombra de un pretendiente hamletiano.

Ni aun desdeñan la historia los mismos revolucionarios que aparentemente tratan de romperla y pisotearla. Marx, que en economía sigue la huella de los grandes maestros, Smith, Ricardo, que en filosofía es un buen discípulo de Hegel, tiene un vasto y profundo conocimiento de la historia, que le permite construir lo que hay de más sólido en su sistema. El propio Bakunin, cuyo desorden intelectual es tan ingente como su imponente figura, domina la historia y recoge sus enseñanzas a la vez que la hace objeto de sus sarcasmos. Kropotkin escribe *La Gran Revolución*, complaciéndose en estudiar las actividades espontáneas del pueblo— la actuación de los que ahora llamamos "incontrolados"— durante las jornadas de la Revolución Francesa. Jaurés, a la vez que un revolucionario, un clásico de la lengua y de la cultura francesa, cuyos períodos se remontan a la elocuencia a un tiempo de Mirabeau y de Bossuet, nos ofrece su gran *Historia Socialista*. Y en Lenin nos asombra el profundo y minucioso análisis de todas las tácticas y estrategias revolucionarias a lo largo de la historia, siendo inolvidable el examen que hace de cómo los jacobinos distribuían a través del territorio las ondas de pánico a fin de producir los necesarios efectos políticos, singularmente en vísperas de las jornadas decisivas. Los propios jacobinos han sido motejados de *romanos* y de *griegos* —el gorro frigio, entre otros signos y símbolos— por los *positivistas* desdeñosos de las formas clásicas de la cultura y de la política. No es un mirlo blanco el romántico Bolívar jurando sobre una de las colinas de Roma guerra a muerte a los tiranos de su América.

La historia y la política son inseparables. La historia es la brújula del político. Evita los escollos y aparta de las corrientes peligrosas, a la vez que impide las sorpresas de nuevos Mediterráneos milenarios. No hay política sin historia. La misma actualidad movible y cambiante —cuyo panorama es más vasto de lo que pudiera creerse— tiene una historia que nos pone a cubierto de emboscadas y acechanzas.

*

Una honrosa invitación

El doctor Clemente Inclán, Rector de la Universidad de La Habana y el doctor Raimundo Lazo, Presidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, se complacen en invitar al señor don Joaquín García Monge a participar en el IV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, que se celebrará del 11 al 16 de abril de 1949 en la Universidad de La Habana.

* * *

INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA

IV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana de La Habana de 1949

BASES:

Primera: El IV Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, organizado por el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, se celebrará del 11 al 16 de abril de 1949 en la Universidad de La Habana con la cooperación de esta última y la del Ministerio de Educación de la República de Cuba.

Segunda: El Congreso acordará las disposiciones más convenientes para el mejoramiento de la organización y publicaciones del Instituto, así como para la más efectiva realización de los fines de éste, y tendrá como tema fundamental de sus trabajos la *preparación de las bases para la publicación de una biblioteca representativa de la literatura iberoamericana.*

Tercera: Las personas invitadas a participar en el Congreso serán miembros del mismo y podrán presentar trabajos relativos al tema fundamental de la reunión, o que se refieran a materias de interée para el estudio de la literatura iberoamericana, y dichos trabajos, leídos en su totalidad o en síntesis, se discutirán en las sesiones correspondientes y podrán servir de base para acuerdos que se adopten.

Cuarta: El Congreso se realizará de acuerdo con el reglamento y precedentes de los anteriores congresos organizados por el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana de México, Los Angeles y Nueva Orleans.

Quinta: Los trabajos, en su totalidad o en síntesis, y los acuerdos del IV Congreso se publicarán en la memoria del mismo.

Universidad de La Habana, 1º de marzo de 1949.

Raimundo LAZO, Presidente.

John I. REID, Secretario.

Sentido, vida humana y cultura

Por *Francisco ROMERO*

(En *La Nación* de Buenos Aires. Diciembre 5 de 1948).

Entre las muchas significaciones del vocablo "sentido", algunas, muy diferentes entre sí, no están privadas del todo de cierta secreta afinidad, como conviene a la complejísima índole del lenguaje, que no sólo expone por separado en sus expresiones los actos y contenidos explícitos de la conciencia, sino que almacena, además, en su subsuelo y en él mantiene latentes los rastros de todo el trabajo anímico de la especie, algo así como el registro de todos los esfuerzos mediante los cuales el hombre se ha adueñado poco a poco del mundo y ha ido desentrañando y perfeccionando en sí la esencia humana. Hablar del sentido (significado) de una palabra, del sentido (orientación de la dirección) de una fuerza, del sentido de un acto voluntario o de una vida, es en rigor hablar de cosas muy dispares. Pero así como el sentido de un acto se halla referido a su finalidad, la palabra en cuanto sonido apunta a su sentido significante como a su fin u objetivo, y la orientación de una fuerza muestra en su proyección, ciega pero distinta de todas las demás proyecciones posibles, algo de ese encaminamiento que ocurre, por cierto con alcance muy diferente, en los sonidos de la palabra y en los actos voluntarios del hombre. Pero el sentido semántico es un caso especial y aparte, y el sentido en el plano mecánico no es sino el nombre de una propiedad física, y nada tiene que ver con el sentido que supone valoración y finalidad, con el que se tiene a la vista cuando se discute si determinado acto humano tiene sentido o no, si lo posee una particular vida humana o la existencia humana en general. En el orden biológico, en lo anatómico y fisiológico y en los comportamientos instintivos, el sentido y la finalidad se hacen presentes, pero la interpretación de ambos es muy difícil; Bergson, Becher, Driesch y muchos otros han procurado justificar la finalidad biológica con hipótesis tan interesantes como arriesgadas, y es sabido que el éxito del darwinismo se debió en primer término a que parecía poder explicar ese finalismo como la resultante de meras acciones casuales. En lo humano, en cambio, el problema puede discutirse con mayor seguridad, por lo menos en algunos de sus aspectos, porque el finalismo en sí no ofrece aquí misterios; la actividad voluntaria es naturalmente finalista, porque la voluntad se resuelve en atención a percepciones o prefiguraciones que se erigen en los obligados puntos terminales de la acción. Estas reflexiones toman en consideración el sentido únicamente en cuanto atañe a los actos y la vida del hombre (1).

El sentido no es el acto voluntario ni su finalidad; es más bien como un resplandor que la finalidad derrama sobre el acto, otorgándole el carácter de justificado y satisfactorio. El acto no es su sentido, porque éste es evidentemente un don o una propiedad de aquél. La finalidad tampoco es el sentido, aunque éste brote de ella. Todo acto voluntario posee necesariamente sentido para el agente. En el instante crítico de la resolución, la finalidad ya no es un objetivo entre los infinitos posibles, sino una instancia privilegiada que hace retroceder a todas las otras —sea el que fuere su intrínseco valor— a un segundo plano, cuando no a una borrosa lejanía. Acaso un momento antes de decidirnos compartía y casi equilibraba su atractivo con otras, y no sabíamos por cuál resolvernos: una vez resueltos, la que triunfó en la elección no sólo es la preferida, sino "aquella por la que nos hemos decidido", la carta a la que nos hemos puesto, sin perjuicio de que un poco más tarde reneguemos de ella. La entraña del acto voluntario, lo que en él es propiamente íntimo y nuestro, es la resolución; el cumplimiento se desarrolla habitualmente entre contingencias imprevisibles, extrañas a nosotros y durante un lapso que nos permite en muchas ocasiones arrepentirnos de nuestra decisión, aunque acaso sigamos exteriormente adhiriéndonos a ella por espíritu de fidelidad y consecuencia, o sencillamente por el arrestre que ejerce sobre nosotros lo que hemos puesto en marcha y se va desenvolviendo ya un poco por su cuenta y según su propia ley. Que un instante después de tomada, una resolución se nos aparezca despojada de sentido, nada arguye contra el principio inviolable de que todo acto humano posee necesariamente sentido para el agente, porque debe entenderse que ese sentido, además de subjetivo, es actual; dicho en otras palabras: todo acto posee sentido para quien lo resuelve en la sazón en que lo resuelve. No hay excepción a este principio; aun el conato de violarlo, de resolver un acto sin sentido, naufragaría en la imposibilidad, porque el premeditado intento de producir algo sin sentido no llegaría a cuajar en resolución si no se destacara como dotado de sentido para quien se lo propone. Desde el punto de vista subjetivo, desde el íntimo mirador del sujeto del acto, toda resolución efectivamente tomada reviste sentido y si no fuera así, el propósito hubiera sido rechazado redondamente o hubiera quedado en la zona indecisa de "las buenas intenciones", de los anhelos, de los deseos, de las aspiraciones, región donde simultáneamente se conjugan el querer y el no querer, horizonte crepuscular sobre el cual nos complacemos en imaginar una efigie de nuestro ser, que nunca coincide con el ser que realmente somos, con el que verdadera y profundamente quiere una cosa y no quiere la otra en determinado instante, con el que taxativamente dice a esto "sí" y a lo otro "no". Desde tal punto de vista subjetivo o interno poseen sentido las acciones del hombre normal, pero también las de cualquier anormal, sin que constituya impedimento la magnitud de la perversión o de la extravagancia; gozan de pleno sentido los actos del bromista irresponsable, que no repara en medios para divertirse a costa del prójimo; los del criminal, los del loco, que habita en el cerrado y ficticio mundo de su desvarío. La cuestión del sentido, restringida a la del sentido de los actos en su singularidad, obliga ante todo a distinguir entre ese sentido interior o subjetivo, el sentido para los grupos o colectividades, y el sentido en dependencia de atributos permanentes y sobreindividuales de valor. Enunciar que un acto ajeno carece de sentido puede significar tres cosas: que no posee sentido para quien, particularmente y desde fuera, lo contempla y juzga; que no coincide con el sistema de normas y sentidos vigente en una agrupación humana, que puede ser, en lo mínimo, una clase social o profesional y en lo máximo la comunidad humana abarcada por una gran cultura en una época de su historia; y finalmente, que carece de sentido "sub specie aeterni" o "desde el punto de vista de las estrellas", consideración que, naturalmente, resulta inseparable de las más arduas y controvertidas cuestiones de la metafísica y de la teoría de los valores.

El sentido de que se ha venido hablando hasta ahora es el de los actos que el sujeto produce espontáneamente, atendiendo sobre todo al polo externo de la acción, a su finalidad. Cuando el sujeto es muy dueño de sí y se abarca, se autovalora y se asigna una dignidad, un sentido, las cosas ocurren de otro modo, porque el sujeto no se ve sólo como el agente, sino también, y acaso en primer término, como el responsable del acto, como el ser que será luego, irremisiblemente, "el que se resolvió de esta o de la otra manera". En esta nueva situación, determinada por una sólida autoconciencia sentida como responsabilidad, el sentido de cada acto no se constituye al azar de las circunstancias, de la momentaneidad, sino que se complica con el sentido que el sujeto se atribuye, se funde con él. Cualquier objetivo que el agente pueda proponerse no lo incita a la decisión, cabría decir, por el mero atractivo que inmediata y directamente ejerza sobre él, sino por ese atractivo contemplado en la manera como se engarza en el sistema con fines y valores que el sujeto conscientemente, reflexivamente, ha aceptado de antemano. En suma: en tal actitud existe un acto previo, una decisión general que antecede a todas las decisiones particulares y las gobierna; la decisión de aferrarnos a ciertos principios y valores, la de otorgar en función de ellos cierto sentido a nuestra persona; las singulares decisiones posteriores se hallan constreñidas a insertarse en esa situación, y en consecuencia cada acto tendrá sentido o no, según concuerde con ella o la contradiga, según coincida o discrepe con el sentido total que la persona se ha atribuído. Para que esa postura general sea autenticidad, y no comedia o fariseísmo, la admisión del sistema de normas y sentidos tiene que ser íntima y veraz, y lejos de mantenerse por la razón de que se adoptó de una vez por todas, debe ser como reiterada a cada instante, renovada de continuo en adhesión honda y cordial. Lo que define esta posición es que el sujeto se tiene presente en cada uno de sus actos, se resuelve con la conciencia de que la sombra de cada acto suyo ha de seguirlo como un perro

---

(1) El notable psicólogo W. Blumenfeld ha estudiado fenomenológicamente las varias especies del sentido en su libro *Sinn und Unsinn* ("Sentido y sin sentido"), que pronto tendremos en nuestro idioma; sus cuidadosas descripciones constituyen un excelente punto de partida para la discusión de estos problemas.

ANTONIO URBANO M.

"EL GREMIO"

TELEFONO 2157
APARTADO 480

Almacén de Abarrotes
al por mayor

San José — Costa Rica

fiel durante toda su vida. El sujeto gelatinoso o disperso, que se ignora a sí mismo o se olvida de sí, arroja sus actos al azar, se contenta con que cada uno de ellos le brinde su transitorio y accidental sentido, que de ordinario se esfuma al cumplirse el acto o poco tiempo después. El sujeto que se posee y ha optado por llevar su vida en peso concibe cada acto como manifestación y prolongación suya, como algo que no sólo surge de él, sino que regresa a él sin falta. La presenta ocasión no permite llevar al detalle estos análisis; baste agregar aquí, como salvedad importante, que el hecho principal que nos interesa, la presencia vigilante y operante del sujeto en cada una de sus decisiones no presupone nada sobre la índole de ese sujeto, que puede situarse en cualquier punto de la gama variadísima que va desde la suma artificiosidad hasta la autenticidad y veracidad extremas.

El sentido de los actos tomados separadamente, como vamos viendo, es asunto distinto del sentido de los actos cuando se instala en ellos el sentido que el agente se atribuye. Cuestión diferente es también la del sentido de la vida. Desde luego, sólo indicaciones sumarias es lícito aducir aquí sobre un tema de tamaña gravedad y de tan patentes dificultades.

El sentido de la vida humana no coincide con los de los actos, porque gran parte de estos sentidos se anulan cuando los respectivos actos han terminado o cuando ha caducado el complejo más o menos ocasional que integraban. Estos sentidos no son, pues, sumables, por el motivo evidente de que suelen volatilizarse. Más de cerca tienen que ver con el sentido de la vida esos otros sentidos que se constituyen en estrecha dependencia respecto al sentido unitario del sujeto, como reflejo del sujeto en sus actos, en cada uno de los cuales se imprime el sello del agente y que, a su vez, derraman sobre el agente su sentido concordante. Pero tampoco equivalen por entero al sentido de la vida. Quien se pregunta por el sentido de su vida, quien pugna por asignarle un sentido, abarca su vida como un gran acto único, la advierte completa, con el inevitable trance final que la cierra. Quien sólo atiende a dar sentido a sus actos como productos suyos puede reposar en su personalidad de existencia, de ente vivo, despreocupándose de su acabamiento; mientras que no es hacedero imaginar un sentido para la vida prescindiendo de la muerte, porque la vida incluye la muerte como su natural peripecia. El existencialismo radicaliza esta situación, en sí innegable, sentando que el hombre es un ser "para la muerte", lo que ya es discutible. Es lícito pensar que el hombre no sólo no es un ser para la muerte, sino que es el vencedor de la muerte, el ser cuya índole consiste en conciliar la particularidad con la universalidad, su mortalidad de individuo singular con la adscripción a instancias que lo sobre pasan y que juzga infinitamente valiosas, adscripción tan entrañable y tan consustancial con él, tan esencial a la condición humana, que en cierto modo le concede saltar por encima de la finitud temporal. La cuestión del sentido de la vida queda planteada así: ese sentido existe cuando la vida, encajada en la limitación temporal, se siente triunfadora de la muerte en virtud de ciertos contenidos y actitudes extratemporales que ocurren en ella, no por accidente o lujo, sino como elementos constitutivos suyos.

Las culturas son expresión y creación del hombre; el hombre las ha edificado con su propia sustancia, a su medida, pero al mismo tiempo con la intención de superar toda medida, y sólo en su abrigado interior le es dado vivir humanamente. En general, las culturas le sirven al hombre para vivir, pero no puede vivir satisfactoriamente en ellas si sólo le sirven para vivir, porque la vida supone necesariamente la muerte; para que una cultura sea cabal y cumplida, para que sea una alta y noble cultura, debe servirle al hombre para vivir y para morir, esto es, para que su vida, dentro de ella, se le muestre colmada de sentido. Acaso sólo tres culturas han satisfecho en modo eminente hasta ahora este requisito; acaso no sean concebibles otras maneras de satisfacerlo que las propuestas por ellas. En las culturas clásicas de la India y de China la vida cobra sentido al inclinarse o proyectarse, respectivamente, sobre la totalidad cósmica o la totalidad social; en la cultura de Occidente es el ideal de la persona, la aspiración y reverencia a la viviente plenitud del espíritu, concebido teístico o humanamente, lo que otorga sentido a la vida (2). La actual crisis del hombre es un hecho mundial, porque las culturas asiáticas, decaídas y minadas por el contagio occidental, se disgregan, o, visto el suceso por otro costado, los hombres de aquellas culturas las abandonan y se occidentalizan, al mismo tiempo que la cultura de Occidente sufre uno de los mayores trastornos de su historia, herida precisamente en aquellos principios y estructuras, cuya función es atribuir sentido a la existencia humana. La crisis reviste muchos aspectos, y no hace mucho me ocupé en inventariarlos ordenadamente (3); todos desembocan en que ahora al hombre de Occidente le es difícil vivir a gusto y dificilísimo morir sosegadamente. Probablemente nosotros, arrojados en el torbellino de la crisis, exageramos sus peligros y no alcanzamos a discernir las semillas de una vida nueva que en ella quizá germinan. Probablemente se incube una etapa en la cual el sentido de la vida humana llegue a ser más patente que antes, una época en la cual sea más cómodo vivir y se pueda morir en paz.

(2) Ver mi artículo "Hipótesis sobre las culturas" en *La Nación*, 30 de diciembre de 1945 y también en mi libro *Filósofos y problemas*, 1947. He publicado en otros lugares más consideraciones en torno a diversos aspectos del tema; todo ello espero organizarlo pronto en una exposición de conjunto.

(3) "Inventario de la crisis" en *Cuadernos Americanos*, número 5 (septiembre-octubre, 1948).

Confesión pública

Por *Víctor ALBA*

(En el *Rep. Amer.*)

1937

I

Es extraordinario... gracias a esos chismes y a la habilidad de esos dedos podré seguir viendo. Si no existiesen esos bisturís tan diminutos, ya no vería más las cosas del mundo. ¡De qué detalles tan insignificantes depende la vida de un hombre!... Porque es la vida, en realidad, lo que está en juego... ¿Qué haría yo sin vista? Mirar, mirar, mirar desde el principio al final del día... mirar, mirar y no ver.

De día a día... ¿Acaso habría días, para mí? Oiría que los hombres se levantan o se acuestan, pero, ¿sabría cuándo yo estaría despierto o dormido, no viendo a los demás? ¿Cómo me sería posible saber que no los sueño?

¡Bah! Hay millares de ciegos en el mundo y todos viven... saben distinguir el sueño de la vela. ¿O acaso ese al que hoy he ayudado a cruzar la calzada se ha creído que me soñaba?

¿Será un augurio, eso de encontrar un ciego en mis últimos minutos de hombre con vista? Después, veré menos, pero veré... si sale bien la operación... Y todo depende de ese pedacito de acero tan afilado... como una aguja aplastada...

Eres idiota. Estás haciendo chistes filosóficos... ¿Dónde leí este nombre?... Sí, era en un periódico... Una casa muy alta, con el tejado rojo y al pie, junto a la puerta, un señor y una señora... A él casi le arrastraban los bigotes por el suelo y ella tenía los pechos hasta la cintura... "Ya ve usted, parece que fué ayer" decía uno de los dos... ¿Es un chiste, eso?... Si todos estamos constantemente hablando con chistes filosóficos... "Después de la tempestad viene la calma"... "No hay mal que cien años dure"... "Con el sol que hacía esta mañana"... ¡Quién lo iba a creer!..."

No, pero eso no es un chiste filosófico. ¿No resulta maravilloso que... —¿qué olor es ese?—... que con unos pedacitos de acero se pueda salvar la vista de un hombre?... —¿a canela o a...?— Pero no son sólo los pedacitos de acero. Asqueroso vicio de ver únicamente lo que se ve. ¿Y los dedos de ese médico? ¿Y sus estudios? ¿Y diez generaciones de oculistas disecando ojos? ¿Y los millares de gentes que han quedado ciegas? ¿Y todo lo que ha ayudado a sus descubrimientos?... ¿Y el primero que hizo el acero?... ¿Y ese anestésico?... No me duele nada... casi no oigo nada...

Esa bombilla... —¡es olor a jacinto!— ...esa bombilla tan cerca... ¡Qué calor!... ¿Quién llevará el perfume de jacinto? Es más fuerte que el que daba la mata del huerto de... ¡Ah, es una mujer!... Debe ser alta... una voz tan pastosa... voz de tierra, no le cuadraría a una muñeca... y no se pondría ese perfume... es demasiado majestuoso para una pizpireta... Sí, ha de ser alta... probablemente la enfermera o la secretaria del doctor... Toma, ya comienzo a razonar como si fuera ciego...

¿Tengo realmente miedo a la ceguera? ¿La usaría, aquella ampollita con estricnina, si saliera mal la operación?... Después de todo, me vería libre de responsabilidades, de preocupaciones... otros se ocuparían de mí y en el mundo todavía se puede gozar de tantas cosas, aunque no se vean... Las recuerdo, las vería por dentro, como dicen que los compositores oyen los sonidos, a pesar de que sean sordos.

No se oye nada de fuera. Todo debe estar cerrado... No me he fijado al entrar... Sí, tenía miedo...

¿Y si ahora sonaran las sirenas? Sabría mantenerse sereno el doctor... ¿Y si bombardearan?... ¿Qué debe pensar? ¿Piensa que en la punta de sus dedos tiene mi vista... todo mi porvenir...?

¿Cómo debe ser el ojo abierto, rajado?... Ahora se ha acercado la secretaria... ¿Cómo es posible besar a una mujer tan rodeada de perfume? Pero tal vez no la besan... también está ciega entonces... Vaya, si le dijera esto a Magdalena se reiría y me diría que me he vuelto poeta... Quién sabe si es el miedo a perder la vista. Un poeta debe de poder ser ciego sin dejar de ver.

¿Cómo debe ser mi ojo abierto, rajado?... Repugnante, probablemente... ¡Si lo viera Magdalena!... Ella que me prohibió estar presente cuando tuvo al peque... ¡Ay, madre, si me quedara ciego!

No. Hay quien besa a esa mujer del jacinto. El médico... pero, ¿no es casado?... Bueno, y ¿qué importa? Entonces no debe ser alta, ¡qué facha haría al lado del doctor, tan regordete! Vete a saber si le gustan macizas, si prefiere a las mujeres monumento... ¿Quién hacía esa comparación?... Enrique... Ahora debe estar tirando bombas por ahí. Dicen que vuelan a ciegas, de noche...

Pero... no me había fijado... hablan en francés... Y ella no lo pronuncia muy bien... ¡Ah, claro! es para que no les entienda. Pero les entiendo...

Ahora apartan la lámpara... Será ella, porque él tiene las manos desinfectadas. ¿Es posible que con unos dedos tan fofos pueda dar precisión a sus movimientos?... ¡Curioso! no tengo miedo a que se equivoque. Eso es fe, en cierto modo.

Hablan de cosas demasiado... ¿cómo voy a decirles que los entiendo?... Además, ese hombre se distraerá... a lo peor se pone nervioso... y yo estoy aquí, debajo de sus dedos, a su merced... Cuando Magdalena se me sienta al lado no puedo escribir... hago la letra grande, con prisa... Y ella no se pone perfume de jacintos...

Tengo que decirles que les entiendo... ¿cómo? ¿Fingiendo un poco de desvarío y hablándoles en francés?... ¿O diciéndole, *docteur?*... Y su mujer debe ser tan feliz... y ésta también... Dicen que es un gran oculista... ¿En qué piensa? ¿En lo que hace o en lo que dice?

Bueno, ¿para qué he de amargarles la existencia? Y si les entiendo y ellos no lo saben, ¿qué?... ¡Oh, pero yo sí que lo sabré!

Luego recordaré lo que ahora se dicen esos. Recordaré más eso... y esas erres que parece que haga gárgaras, que no los detalles de la operación... no los veo... sólo los oigo... y apenas los adivino.

Esos mismos dedos desabrocharán botones, esta noche... desatarán el lazo de unos sostenes... Si él piensa en eso, ahora, ¿cómo puede trabajar tan tranquilo, tan seguro?... Si yo pienso eso, ¿cómo puedo tener confianza en él? Pero la tengo.

La tengo...

¿Llevará faja?... Si es por el estilo del doctor, rechoncha y bajita, debe llevarla...

En los Caracoles... aquellas vendimiadoras desnudas que a Magdalena le dieron tanta risa.

Bueno, pero, ¿por qué escucho? ¿Deseo empaparme de lo que esos dicen? He de decirles algo... hacerles adivinar... yo les entiendo... no hablan sólo para ellos...

¡Bah! Todo eso es pedantería. Crearse problemas morales como en las novelas... ¡La bombilla otra vez!... ¡Qué calor!... ¿No acabará nunca?

¿Por qué se ríe él?... ¿No ve que puede temblarle el pulso?

Y he de estarme inmóvil... "Tiene la vista en peligro... si se opera, puede salvarla... si no, la perderá con seguridad..." Eso me dijo... ¿Soy yo el cínico? No están todos amenazados de ceguera y para ver de salvar la vista hacen esa gran operación de los tiros y las bombas...

¡Bah! El vicio de pensar en imágenes... ¡Frases!... Bien, las frases sirven para expresarse... ¡Qué sería de mí, si no me expresase? Hasta tengo que hacer frases para mi uso particular. Y si saliese mal la operación, si quedase ciego, ¿qué haría sin las frases mías y de los otros?

Les escucho y pienso, a la vez. El hombre es una maravilla que da asco.

¡Idiota! ¡Pedante!

He de decirles que les entiendo. Todo me obliga a decírselo.

¡Psé! Esa noche se lo contaré a Magdalena. Tendré los ojos vendados y ella se reirá como delante de las vendimiadoras desnudas... mientras esos dos estarán debajo del cuadro y no se acordarán que han tenido mis ojos a su merced... Y yo, ¿me acordaré?

¡Madre mía, si me quedara ciego!

¡Qué piropos!... Y dicen que es un sabio!

Pero para mis ojos es un dios.

Un dios que habla en francés.

¿Tardará mucho en acabar?... Me ahogo... Sudo...

*

1948

II

Dicen que ha entrado uno nuevo. Y viene deshecho. Enfermo. Aquí hay dos camas. La mía y esa otra... le falta una pata, pero poniendo el banquillo debajo se aguanta bien. Llamaré al vigilante y le indicaré que pueden trasladarlo aquí. Si no se lo digo, no lo harán... le dejarán ahí, con un colchón de esparto, a que se muela los riñones... Y estará solo... La soledad es muy mala, al principio, mientras uno no se habitúa a la prisión. Es la cárcel de la cárcel.

Pero se pasará el día charlando. Me explicará su caso, me hablará de su mujer o de su novia... Luego no sabrá ya qué decir, pero no callará... Aquí, si ofreces tabaco a uno o si le das un chusco, se cree obligado a agradecértelo charlando contigo durante media hora... charlando de nada.

¡Es tan difícil encontrar dos personas con los mismos centros de interés!

Y esa maravillosa paz que disfruto ahora, que gozo, quedará desgarrada por la voz monótona de un desconocido. Pensamos y mejor dicho, deseamos y esperamos aproximadamente lo mismo. Pero, ¿sentimos igual?

Le oiré toser y respirar a mi lado... roncar, sonarse, tal vez soñar en voz alta.

Le veré los pies, cuando salte de la cama, y oiré ese odioso roce de las alpargatas en chancletas.

Le veré lavarse, sentarse al retrete, hacer la cama, siempre en un momento que a mí me será irremisiblemente molesto.

Cuando una mujer humilla...

Por *Carmen VILCHIS BAZ*

(En el *Rep. Amer.*)

...precismente a un hombre... sucede lo peor. La gente piensa mal, interpreta peor y juzga con instintos asesinos...

¡Es una orgullosa! ¡Una engreída! ¡Ni que fuera tan bonita! Está histérica... etc., etc.

Frases como esas ruedan en desprestigio de la que se "atrevió" a lanzar una humillación... y, lo demás... el chisme... el resentimiento, la intriga...

Después... el triunfo de la maledicencia sobre el resentimiento. La calumnia, los consejos (?) y la separación...

¡Una tragedia! ¡Una mujer ha humillado a un hombre!

Cuántas veces, ¡pero cuántas!, se ha oído eso, se ha participado en ello... y hasta se ha hecho... Muchas y tántas que no se podrían enumerar. Todos los seres las han vivido y hasta sentido en carne propia. No obstante...

¿Qué es una humillación? ¿Indica jerarquía? ¿Preponderancia de unos seres sobre otros? ¿Ostentación? ¿Exhibición de crueldad? ¿Complejos de superioridad? ¿Super...estimación personal?

¿Quién humilla a *quién?* ¿Por qué?

Es tan difícil hacer una escala de valores. Para ello habría necesidad de determinar una clasificación justa de los seres humanos y si bien el dinero las establece y las fija la cultura... ¿quién puede determinarlos entre las almas?

¿Quien puede decir *yo valgo más?* ¿De dónde sacaría argumentos para someter su dicho?

¡Una mujer ha humillado a un hombre!

¿En dónde está *la tragedia?* No se puede humillar en el sentido que la gente suele dar a la palabra... más bien se trata de desprecios sin importancia que los seres cuando sufren complejos, agrandan hasta convertir en tragedia.

El que admite, en condiciones normales, que lo han humillado, es porque se considera material o normalmente un ser inferior... La humillación no está en las circunstancias, sino en su miseria interior, en su pobreza de sentimientos... pero... *no más*...

Podrá una mujer, o un hombre... "humillar" a otro, pero la ofensa será tantas veces mayor como pueda amplificarse en el interior de cada individuo...

¿Por qué puede una mujer humillar a un hombre... y es un verdadera catástrofe que lo haga?

¿Es el hombre un inferior... moral? ¿Se daña su masculinidad con recibir una... humillación de una mujer?

¿Por qué... por qué...? Las almas no tienen sexo, y determinados actos... no pueden clasificarse con ese criterio mezquino de la desigualdad (?) de los sexos... porque todos somos iguales... todos tenemos alma y las almas no han podido graduarse aún, ni obtener una escala de valores... No hay almas de "primera" ni de "segunda" o "tercera" clase...

Entonces, la humillación, que bien podría llamarse de otra manera, no puede convertirse en tragedia ni en resquemores... debe tomarse sólo como una manifestación de inconformidad, como un acto de falso o legítimo orgullo, como una mala acción, pero... *¡nunca!* como determinante de la condición espiritual de los hombres...

México, D. F. 1949.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mia de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario sobre Nueva York

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Notas sobre Merchán

(En el *Rep. Amer.*)

Rafael M. Merchán: *Patria y Cultura.* Selección y Prólogo de Félix Lizaso. Publicaciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura. La Habana, 1948., 277 pp.

Rafael M. Merchán fué un buen escritor porque sufrió, porque escribió como vivió: sintiendo intensamente la incomprensión, el exilio, el flagelo de sus compatriotas. Mas a despecho de tanto padecer, jamás dejó de amar a Cuba y de pensar en los cubanos. Había en él una medida incomensurable de integridad. El júbilo de Cuba era su júbilo y como hombre no dedicado a menesteres mañosos, soportó el dolor como lo soportan quienes aman más allá de su padecer presente.

En esta edición de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación de la República de Cuba se reproducen una veintena de sus artículos periodísticos. "El bienestar de nuestros hermanos muy bien merece la existencia", nos dice en *Laboremus*, resumiendo su propia vida. Y cuando en los EE. UU. — en 1869 — alguien menoscaba las gestiones de sus compatriotas revolucionarios, escribe indignado: "Nosotros, los cubanos, no hemos venido aquí, como decís, a mendigar libertad... No hemos venido a pedir vuestro dinero... Hemos venido a pedir justicia... Y hemos venido porque nuestro triunfo interesa al pueblo americano, sino también porque desde que estábamos en la cuna empezaron nuestros padres a hablarnos de vuestra grandeza y de vuestra libertad". Derrama en esas páginas todo su sentir político.

En el volumen que nos ocupa se reimprimen también algunos de sus trabajos de crítica literaria, tales como sus explicaciones en el prólogo de *Variedades* y sus comentarios sobre la Avellaneda y sus disquisiciones en *Discusión Ortográfica*.

Féliz-Lizaso escribió el prólogo —publicado también por la *Revista de América*, Bogotá— donde nos narra los años primeros de la vida de Merchán en Manzanillo, Cuba, sus inicios en el periodismo, su intensa labor como escritor, su establecimiento en Colombia, su colaboración con el Presidente Núñez; siempre, como nos dice Lizaso "para contribuir a consolidar la paz en el país." Y después nos cuenta sobriamente el prologuista los padecimientos de Merchán, víctima de la calumnia, cuando ya anciano salía de Colombia para representar a Cuba en España.

Los elogios de Martí, de Menéndez y Pelayo, de Manuel Sanguily, de Germán Arciniegas encumbran al modesto pero aguerrido cubano, objeto de la insidia de sus compatriotas de menor cuantía. Su vida como la de Martí, fué hecha en el sufrimiento que depura y enaltece al escritor.

Roberto ESQUENAZI MAYO.

Columbia University, New York.

Es posible que desee la ventana cerrada, que se ría de mi gusto por las flores... Pero, ¿me gustarán las flores, en presencia de otro?

Tendré que amontonar mis fiambreras en el estante, para dejarle la mitad a su disposición.

No podré leer de noche ni levantarme por la madrugada a fumar la pipa de todos los amaneceres.

Puede ser sucio, o ruidoso, o no ser aficionado a leer.

Puede ser quisquilloso, o melancólico o uno de esos terribles adoradores de la cultura que tan pronto hacen una pregunta sobre biología como sobre teoría del conocimiento.

Ahora tengo mis cosas esparcidas: libros allí, la americana en ese clavo, el reloj colgando en aquel otro, la mesa toda para mí, a todas horas. Friego cuanto quiero, canto cuando quiero, duermo cuando quiero. No tengo otra cárcel que la puerta y la corneta con sus toques. Entre llamada y llamada, de la puerta para acá, estoy en mi casa, hago cuanto me place.

Y querrá que le cuente cosas mías. Y no podré sacar las fotografías, de vez en cuando, so pena de verme en el trance de explicarle quiénes son los fotografiados, de soportar sus comentarios... Si algún día un amigo de verdad se cuela en mi celda, a escondidas, para charlar un rato, intervendrá con toda naturalidad en nuestra conversación...

Eso será lo peor. Y él podría darle algo, si llegásemos a ser amigos, algo para él. Y al otro, al visitante, también, pero para sólo él. ¡Imposible dar lo mismo a los dos! Ocho hombres pueden formar un grupo interesante. Dos, si se acuerdan, pueden sacarle gusto a la vida. Tres o cuatro, en cambio, se han de sentir siempre cohibidos... se limitan mutuamente la amistad.

Pero está enfermo, duerme en un colchón de cinco dedos de espesor. Desde donde pone la cabeza, la celda debe parecerle un inmenso tubo interminable... y él está en el fondo... como en lo más profundo de un pozo. Yo lo he pasado...

Y ese banquillo... Ahora lo tengo al lado, me hace de mesilla de noche. Tengo todas las cosas a mano: los libros, el tabaco, los lentes. ¡Gran cosa, un banquillo!

El reglamento no indica que los banquillos puedan utilizarse para hacer de pata de una cama coja. No se les ocurrirá darle esta función... porque el reglamento no la prevé.

El reglamento es algo muy curioso. Data de 50 o 60 años. Prohibe la entrada de botellas, para que no podamos suicidarnos con cristales. Pero entran "termos", en cambio, de vidrio mucho más fino y cortante. Claro, el "termo" no existía cuando se redactó el reglamento y éste no lo prohibe.

Eso de que no nos suicidemos constituye una obsesión. Hace dos días pedí que me dejaran abierta la puerta, porque no entra bastante aire y me ahogo. Lo negaron. ¡Y si me tirara del piso a la planta! Puedo hacerlo cuando abren para contarnos o para dar la comida. Así lo dije. Pero eso les importaría poco. Como entonces la puerta estaría abierta en la hora fijada por el reglamento, no habría responsabilidades. ¿No se han preguntado nunca *por qué* podemos tener deseos de suicidarnos?

Bueno, pero, ¿qué hago? ¿Ingiero eso de la cama para el nuevo, o no?

¿Dónde pondré los libros, sin el banquillo?

¿Es mía la cama, acaso? Y si fuera mía, ¿no sería, *antes*, de quien la necesitara?

Aquí tengo la suerte de estar enfermo —sí, una suerte—. Gracias a ello —¡gracias!— puedo gozar de soledad —aquí donde no existe—. Y la gozo. ¿Voy a abandonarla por un desconocido?

III

He reproducido esos dos momentos —momentos reales— mucho más llenos de algo parecido a la blasfemia, que cualquier pecado de los que se confiesan.

He deseado confesarlos cual los recuerdo, porque la única manera de hacérmelos perdonar por mí mismo es convirtiéndolos en útiles, dándoles la pequeña eficacia de mostrar la diferencia en las reacciones cotidianas de cualquier de nosotros acarreada por nuestro tránsito a lo largo de los caminos.

Antes, ni habría escuchado el chicoleo en francés ni habría vacilado en compartir mi celda. Lo que haya hecho luego, poco importa. Antes, no habría tenido tan sólo esas asociaciones de ideas, no me habrían pasado por la cabeza.

Dos hechos nimios, insignificantes como microbios. Pero aseguran que los microbios provocan enfermedades, incluso, epidemias.

¿Y con gente así —todos nos vamos pareciendo— hemos de rehacer el gusto a vivir?

Con quién, si no?

Buenos Aires, Rep. Argentina.